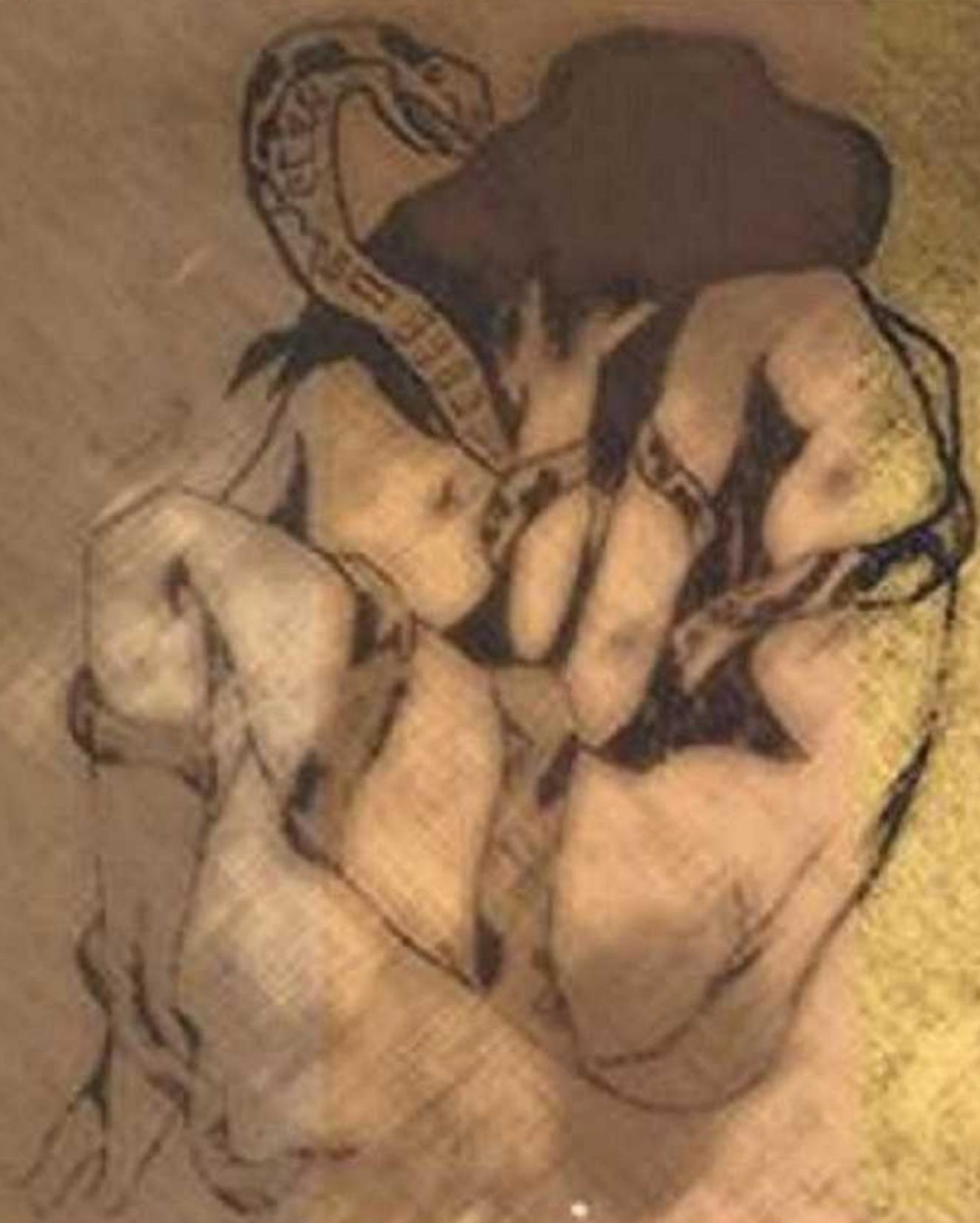


Esau Márquez

Selección y prólogo

La muerte
vista por 33 poetas chiapanecos





Lic. Juan Sabines Guerrero
GOBERNADOR DEL ESTADO DE CHIAPAS

Mtro. Alfredo Palacios Espinosa
DIRECTOR GENERAL DEL CONECULTA

Lic. Óscar David Herrán Salvatti
COORDINADOR OPERATIVO TÉCNICO

Lic. Carlos Gutiérrez Villanueva
DIRECTOR DE PUBLICACIONES

© ESAÚ MÁRQUEZ

No. REG.: 03-2007-053009053300-0

CUIDADO EDITORIAL

• *Dirección de Publicaciones*

DISEÑO

• *Mónica Trujillo Ley*

FORMACIÓN ELECTRÓNICA

• *Irma Itzel Avendaño Meneses*

CORRECCIÓN DE ESTILO

• *Juan Alberto Ruiz Bermúdez*

• *Roberto Rico Chong*

D.R. © 2007 Consejo Estatal para las
Culturas y las Artes de Chiapas, Bou-
levard Ángel Albino Corzo No. 2151,
fraccionamiento San Roque, Tuxtla
Gutiérrez, Chiapas. C.P. 29040.

ISBN: 978-970-697-224-8

HECHO EN MÉXICO

Esau Márquez

SELECCIÓN Y PRÓLOGO

LA MUERTE

VISTA POR 33 POETAS CHIAPANECOS

CONSEJO ESTATAL PARA LAS CULTURAS Y LA ARTES DE CHIAPAS

2 0 0 7

CONTENIDO

PRÓLOGO	21
1925-1940	21
ROSARIO CASTELLANOS	
<i>Trayectoria del polvo</i>	25
<i>Origen</i>	26
<i>El ungido</i>	27
<i>Retrato de antepasado</i>	28
<i>Nota roja</i>	29
<i>Privilegio del suicida</i>	30
JAIME SABINES	
<i>Fragmento 5</i>	32
<i>En los ojos abiertos de los muertos</i>	33
<i>Sigue la muerte</i>	34
<i>El poeta y la muerte</i>	36
<i>Vuelo de noche</i>	37
<i>En serio</i>	38
<i>Algo sobre la muerte del mayor Sabines</i>	39
ENOCH CANCINO CASAHONDA	
<i>El entierro</i>	41
<i>Si tengo que morir</i>	41
<i>A Máximo Prado</i>	43
<i>A Primo Chanona</i>	33
<i>De la muerte</i>	44
<i>Un anticipo</i>	47

JUAN BAÑUELOS	
<i>Con un sabor a sombra</i>	48
<i>Ojo de caballo</i>	49
<i>Primogénito desnudo</i>	50
<i>Redoble bajo una ceiba</i>	38
<i>El suicida</i>	51
DANIEL ROBLES SASSO	
<i>Con el agua que pasa</i>	57
<i>Vamos tú y yo cuando papá se duerma</i>	58
<i>No me dejen tocarte los gusanos</i>	59
<i>¿De dónde nace el llanto?</i>	60
<i>De tu muerte total algo me toca</i>	62
<i>Un joven viento</i>	63
ÓSCAR OLIVA	
<i>El sufrimiento armado I</i>	65
<i>Apedreamiento</i>	67
<i>Iniciación del júbilo</i>	68
<i>Hesitación</i>	69
<i>Diálogo del movimiento</i>	70
<i>Al vuelo de la muerte</i>	71
OMAR GORDILLO	
<i>Rondando estuvo...</i>	73
<i>A los caídos en España</i>	74
<i>Transparencias marinas</i>	76
<i>Vida o muerte</i>	77
<i>Padrote de la vida</i>	78
1941-1950	79
LEOPOLDO BORRÁS	
<i>La premonición...</i>	80
<i>La hormiga</i>	81
<i>Soledades</i>	83
ROBERTO LÓPEZ MORENO	
<i>Uña de la eternidad</i>	84
<i>¡Qué prueba de la existencia!...</i>	85
<i>Un cuerpo en una cruz</i>	86
<i>¿Cuántos adioses ha de costar la vida?</i>	87
<i>Tan poderosa, tan germinal</i>	88
<i>Eran las 3.5 Adolfo Castañón</i>	89
ELVA MACÍAS	
<i>Herodías y Salomé</i>	90
<i>En mi pueblo no hay sepultureros</i>	91
<i>Tarot</i>	92
<i>El arca de Noé</i>	93
<i>Que nada nos sorprenda</i>	94
<i>Ciudad perdida</i>	95
RAÚL GARDUÑO	
<i>Palabras de un muerto</i>	96
<i>Hallado en la sala de armas de un ciclón</i>	99
<i>Sepulturero...</i>	101
<i>Atado al cuello...</i>	103
<i>Nazco de ciertas palabras...</i>	105
JOAQUÍN VÁSQUEZ AGUILAR	
<i>Poema con Isolda triste</i>	106
<i>Poema con muerte acalorada</i>	107
<i>Poemuerte</i>	108
<i>México (II)</i>	109
<i>Recado de familia</i>	110

EFRAÍN BARTOLOMÉ	
<i>Admonición del ángel</i>	113
<i>Visión del sueño negro</i>	116
<i>Reina del lobo</i>	118
1951-1960	120
SOCORRO TREJO SIRVENT	
<i>Estela</i>	121
<i>Mujer de luz</i>	122
<i>El chichonal</i>	123
<i>Hay que apresurarse a vivir</i>	124
<i>Hoy quiero que te mueras</i>	125
<i>En el lecho de muerte</i>	126
JOSÉ FALCONI OLIVA	
<i>Ciudad en ruinas</i>	127
<i>Polvo de aquellos muros</i>	128
<i>Piedras y mantra</i>	129
<i>Es lástima tener que morir</i>	130
<i>Nueces vacías</i>	131
<i>El señor de la esquina</i>	132
GLADYS FUENTES MILLA	
<i>Nueve</i>	133
<i>Veintitrés</i>	135
<i>Veintisiete</i>	136
<i>Canto quinto</i>	138
CLARA DEL CARMEN GUILLÉN	
<i>Alcoholismo</i>	141
<i>Me estás...</i>	142
<i>Tras el designio</i>	143

<i>Entre nudos ciegos</i>	144
<i>Tu campo está minado</i>	145
<i>Desde el acecho</i>	146
MARIRRÓS BONIFAZ	
<i>Vi a la de blanco</i>	147
<i>Mater muerte</i>	150
<i>Bash número 1</i>	151
UBERTO SANTOS	
<i>Para llorar a solas</i>	152
ROBERTO RICO	
<i>En la curva de un río color de yodo</i>	158
<i>Nutrimiento de Lázaro</i>	159
<i>Fosa común</i>	161
<i>La silente comitiva</i>	162
<i>Trifolio por Isabel Rico</i>	163
ROBERTO CHANONA	
<i>Enterré mi cuerpo</i>	165
<i>In memoriam</i>	166
<i>El enfermo</i>	168
<i>La costa comenta la noticia</i>	169
<i>Solenia</i>	170
<i>Ellos</i>	172
1961-1976	173
ISRAEL GONZÁLEZ	
<i>Muerte sola</i>	174
<i>A mi madre enferma de no sé qué</i>	175
<i>Él</i>	176
<i>Obrero en huelga asesinado</i>	177

<i>La condena</i>	178	<i>Están cayendo objetos de la noche</i>	207
<i>Duda</i>	179	<i>Animal</i>	208
<i>La puerta falsa</i>	179	<i>No para de llorar</i>	209
<i>Muerte</i>	179	MARIO NANDAYAPA	
ADOLFO RUISEÑOR		<i>La muchacha del calvario</i>	210
<i>Memoria de los días</i>	180	<i>A piel de venado</i>	211
<i>Y, ¿por qué no?, para mí</i>	182	<i>Lejos del cuerpo</i>	212
<i>Nada sabemos de la vida</i>	183	<i>¿Oyes crecer el viento que abre las lluvias?</i>	213
<i>Noche</i>	185	<i>Más piedra cada instante</i>	215
<i>El cuerpo que pende</i>	186	HÉCTOR DE PAZ	
ELDA GUZMÁN		<i>Porque furtiva sombra es el deseo</i>	216
<i>Placer y muerte</i>	188	<i>Contra la muerte</i>	217
<i>Danzando con la muerte</i>	189	<i>Sobre nuestros cuerpos</i>	218
<i>La muerte llama</i>	190	<i>Porque no habrá botín alguno</i>	219
<i>Delirium tremens</i>	191	<i>Bitácora de sal tatuada</i>	220
EDUARDO HIDALGO		ULISES CÓRDOVA	
<i>Él</i>	192	<i>¿Qué sería de la Muerte... ?</i>	222
<i>Me niego a dejar de hablar de ti</i>	195	<i>¿El asombro que buscás... ?</i>	223
<i>La silla en la que no</i>	196	<i>Tienes tanto de la muerte</i>	224
<i>Viene de antes</i>	197	<i>Éste es el verdadero polvo</i>	225
GUSTAVO RUIZ PASCACIO		<i>¡Voy a desenterrar a todos... !</i>	226
<i>La tumba que aguarda el poeta VII</i>	198	LUIS ARTURO GUICHARD	
<i>Hace buen tiempo para la muerte</i>	199	<i>Serpiente de lluvia y luna</i>	227
<i>Bosque del sur</i>	202	<i>Poemas de la derrota necesaria</i>	228
<i>De la sombra</i>	203	<i>Emilio Prado llega a México</i>	229
<i>De la muerte</i>	204	BALAM RODRIGO	
MÁXIMO CERGIO		<i>Valva amarga y mar amaranto bajo el brazo</i>	232
<i>No recuerdo nada</i>	205	<i>Huérfanos de mar</i>	233
<i>Si tu sombra</i>	206	<i>La tempestad y la cólera</i>	234

Esperando el autobús a las orillas de una ciudad sin mar 235
Epílogo de agua 237
IGNACIO RUIZ PÉREZ
Frases diversas del divagante 238
A la sombra del día 240

*Si la vida es un mal porque me fue dada;
si la vida es un bien porque me es quitada*

EPITAFIO EN UNA TUMBA SICILIANA

*¿A qué suerte deriva este destino
que lleva lo que el hombre de existencia?
No hay redención sin sufrimiento
No hay martirio sin pasión
No hay compasión sin amor
No hay olvido sin elección
No hay salvación sin la muerte.*

ESAÚ MÁRQUEZ

Prólogo

De años he sido lector de poesía y en particular de la poesía chiapaneca. La razón es simple, tengo una atracción especial en tratar de entender el sufrimiento humano, y es en la poesía, a mi parecer, donde mejor se recrea.

Durante largo tiempo he venido recopilando la obra poética de Chiapas, y de su lectura, maravillosamente, el tema de la muerte ocupa un sitio especial, sólo equiparable con el tema del amor. Tal pareciera que el poeta chiapaneco encuentra en su pasado histórico y cultural, aislamiento e idiosincrasia, los referentes que habrán de configurar su idea sobre la muerte. Así, el poeta la concibe desde su forma primigenia hasta a lo más elaborado. Cada poeta le imprime su sello personal y lo transcribe a través de las palabras en una diversidad de sonidos e imágenes que dicen de su universo, que a final de cuentas no es más que la recreación del pensamiento dual, en este caso, vida y muerte. Si el tema del amor es un canto a la vida, el canto a la muerte es la búsqueda del lado oscuro, incomprensible, misterioso, insondable y destino final del ser humano. El poeta no trata de dar respuestas, lo embellece y se recrea, duerme con ella de la mejor manera posible, camina a su lado en un diálogo permanente, van inseparables a todas partes, como única manera de entender el destino de ambos. Así pues, en este convivir,

el poeta la describe desde las entrañas de sus miedos; a la vez que se ríe de ella, a la vez que se hermana, a la vez que se descubren en un ser único.

Hace un tiempo atrás me di a la tarea de escribir un poemario donde el tema de la muerte fuera lo exclusivo. De esta experiencia, una nueva lectura de los poetas chiapanecos trajo aparejada la idea de hacer una selección, donde la muerte fuera el tema central. Para mi sorpresa, la muerte aparece manifiesta en todas las cosas, transfigurada, que, como inevitable y pan de todos los días, nos invita a apreciar la vida más allá del puro accidente. La atmósfera de los poemas donde la muerte anida resultó de lo más fantástico, en cuanto que los poetas, desgarrados desde lo más profundo de su ser, nos hacen descripciones de tan intensa necesidad, y donde el canto a la muerte, más que una expresión puramente catártica, es un grito a la vida, un reinventar la vida, un volver a nacer; pero esta atmósfera también se presenta, a su vez, extremadamente vulnerable, ya que el lapso que une al poeta con su creación, teniendo como mediadora la musa de la muerte, es terrible. Aquí, el dolor es una permanente, y dónde no es extraño escuchar afirmaciones como: yo también he caminado por esos laberintos. Es en este momento supremo cuando el poeta asume, redentoramente, el dolor del mundo. Es probable que en esta idea de la muerte encontremos el lazo indestructible que une a los seres humanos, más aún que el nacer o el vivir. Por ello, los contenidos de los poemas son responsabilidad de cada uno de los poetas en ese momento de extrema sensibilidad. Desde este plano, mal sería hacer comparaciones entre unos y otros.

Sin embargo, al abordar la tarea de hacer la selección de poemas que aquí se presentan, y de la gran diversidad de posibilidades que ofreció la lectura de poco más de cien poetas chiapanecos, sabía que de éstos solamente podrían estar 33¹ entre los nacidos en el siglo xx. La selección quedó entonces estructurada a partir de ciertos principios: Los autores que deberían conformar esta antología debían de tener al momento obra publicada, así como la accesibilidad de la misma; y en segundo lugar, no rebasar cierto número dentro de los cuatro periodos de antemano establecidos, que de manera ideal se había concebido 7, 7, 7 y 12 respectivamente, a decir verdad fue de lo más difícil de definir, quedando entonces:

1925-1940	Rosario Castellanos, Jaime Sabines, Enoch Cancino Casahonda, Juan Bañuelos, Daniel Robles Sasso, Óscar Oliva Ruiz, Omar Gordillo;
1941-1950	Leopoldo Borrás, Roberto López Moreno, Elva Macías, Raúl Garduño, Joaquín Vásquez Aguilar, Efraín Bartolomé;
1951-1960	Socorro Trejo Sirvent, José Falconi Oliva, Gladys Fuentes Milla, Clara del Carmen Guillén, Marirros Bonifaz, Uberto Santos, Roberto Rico, Roberto Chanona;
1961-1976	Israel González, Adolfo Ruiseñor, Elda Guzmán, Eduardo Hidalgo, Gustavo Ruiz Pascacio, Máximo Cerdio, Mario Nanda-

¹ Por qué 33 y no otra cantidad. Me parece importante el número, en cuanto a nuestra formación religiosa judeo-cristiana, Jesús muere a ésta edad. Tal es la razón y ninguna otra. A partir de la numerología y toda su carga simbólica religiosa se pensó la construcción de la antología a partir de los siguientes números: 2, 3, 4, 6, 7, 12 y 33.

yapa, Héctor de Paz, Ulises Córdova, Luis Arturo Guichard, Balam Rodrigo, Ignacio Ruiz Pérez.

De hecho, no fue posible cumplir con el último requisito de manera cabal, puesto que el número de poetas encontrados con las cualidades deseadas rompió con tal posibilidad, quedando entonces en 7, 6, 8 y 12 respectivamente. Por último, quedaba por definir el número de poemas a incluirse por autor. Nuevamente pensé en un número ideal; 6 poemas me parecieron suficientes como para que el autor tuviera el espacio suficiente. Sin embargo; la realidad fue otra, así como se encontraron poemas cortos, los hubieron largos, por lo que la idea inicial se modificó; se consideró entonces asignar un número determinado de páginas, pensando que sería de esta manera mucho más simple. Esta idea también experimentó el fracaso. Finalmente, el número de poemas incluidos por autor se definió a partir de la relevancia del tema dentro de su obra, y en específico de la obra consultada.

Como complemento, la antología exigió hacerse acompañar por algunos epígrafes, dos de entrada y tres por cada uno de los periodos. Todos ellos alusivos al tema de la muerte, emanados de culturas y realidades diversas a lo largo del tiempo. El primero de cada uno de los periodos los tomé del Génesis y del Apocalipsis en el Antiguo Testamento, éstos; enfáticamente señalan que, desde los inicios y hasta el fin de los últimos días, Dios trajo al hombre aparejado a su costado, ni más ni menos que la muerte, irremediamente, como la razón suprema de su vida. Desde los antiguos pueblos donde abrevia la cultura occidental, hasta los pueblos americanos, hay un hilo conduc-

tor que los acerca. Así, Homero, Sófocles, Petronio y los cantares mexicanos nos expresan su sentir sobre la muerte de manera fatídica; nada se puede hacer sobre los designios de los dioses, sólo esperar viviendo. En este mismo sentido fatalista Chikamatsu escribió en 1703 su drama de los suicidas de amor en Sonezaki en el Japón feudal. En el siglo XX, qué mejores cantos de muerte que en los que se distienden Virginia Woolf, Federico García Lorca y Charles Baudelaire. En éstos el fatalismo no es el punto central; ahora la muerte se afronta, se le acompaña, se le ama, se le busca todos los requiebros a partir de una manera diferente de pensar, dejando la custodia de origen divino como una más de todas sus formas. Para concluir este muestrario de ideas sobre la muerte, he dejado con toda intención el epígrafe que hace referencia a un epitafio inscrito en una lápida en Sicilia, con el cual damos inicio el presente trabajo, ya que considero que en éste se resume toda la experiencia de la vida y de la muerte. Sobre esta inscripción escribí en 1988: “Pobre Dios, no soportó tanta verdad en tan pocas palabras y mandó a borrarlas a través de su representante en la tierra”. Con esto, la muerte dejó de ser propiedad de la divinidad y se libera hacia el futuro, queda el hombre de frente, sin intermediario, con su destino, no tiene que buscar afuera, nunca más, lo encuentra dentro de sí mismo, en su poesía.

Me resta decir que la presente antología temática sólo es una muestra pequeña de la poética chiapaneca, ya que, sea dicho, y no por excusa, todos nuestros poetas deberían de estar incluidos, aunque fuere con un solo poema, si éste nos recrea la idea de la Muerte.

ESAÚ MÁRQUEZ

1925-1940

*Mas del árbol de ciencia del bien
y del mal no comerás de él; porque
el día que de él comieres, morirás*

GÉNESIS 2:17

*¿Cuando nos hayamos ido
nada quedará de nosotros?
¡La fascinación del Fedellín de estrellas,
al menos flores, al menos canto!*

CANTARES MEXICANOS

*Adiós al mundo
y la noche, adiós.
Los que vamos camino de la muerte
¿a qué nos compararemos?
¿al rocío en el camino
que pasa por los campos de Adashi
y que desaparece con cada
paso hacia delante?*

Este sueño de un sueño

es doloroso

CHIKAMATSU

Rosario Castellanos

CIUDAD DE MÉXICO (1925-1974)

Trayectoria del polvo

(fragmento VII)

He aquí que la muerte tarda como el olvido.
Nos va invadiendo lenta, poro a poro.
Es inútil correr, precipitarse,
huir hasta inventar nuevos caminos
y también es inútil estar quieto
sin palpar siquiera para que no nos oiga.

Cada minuto es la saeta en vano
disparada hacia ella,
eficaz al volver contra nosotros.

Inútil aturdirse y convocar a fiesta
pues cuando regresamos, inevitablemente,
alta la noche, al entreabrir la puerta
la encontramos inmóvil esperándonos.

Y no podemos escapar viviendo
porque la Vida es una de sus máscaras.

Y nada nos protege de su furia
ni la humanidad sumisa hacia su látigo
ni la entrega violenta
al círculo cerrado de sus brazos.

(Trayectoria del polvo, 1948)

Origen

Sobre el cadáver de una mujer estoy creciendo,
en sus huesos se enroscan mis raíces
y de su corazón desfigurado
emerge un tallo vertical y duro.

Del féretro de un niño no nacido:
de su vientre tronchado antes de la cosecha
me levanto tenaz, definitiva,
brutal como una lápida y en ocasiones triste
con la tristeza pétrea del ángel funerario
que oculta entre sus manos una cara sin lágrimas.

(De la vigilia estéril, 1950)

El ungido

No querían morir y que sus huesos
rodaran confundidos
ni comer tierra amarga como único sustento.
Así uno entre todos fue preservado, ungido,
y en él sigue viviendo.

Encima de los otros su destino
resplandeció una hora
y se precipitó como un astro caído.
Pero su rostro no ha sido borrado
porque uno entre todos fue testigo.

Se han ido ya. Miramos la espada de su ausencia
y no es igual que el humo su memoria
y sus hechos no son lo mismo que la niebla.
Habló uno entre todos
y sus palabras quedan.

(Poemas, 1953-1955)

Retrato de antepasado

Lo dejaron aquí, más que por reverencia
por olvido. Ninguno
levanta la mirada a este rincón del cuarto.

Preside cierto orden de objetos, cierta ruina
inminente y le otorga
la edad que necesita.

Ha presenciado alegres ceremonias
y ha visto cómo deudos diligentes
colocan en su marco orlas de luto.

Y ni se regocija ni consuela.

Distante, amarillento, anónimo, sus manos
empuñan todavía un bastón de caoba
jaunque hace tiempo se perdieron sus huesos!

Nota roja

En página primera
viene, como a embestir, este retrato
y luego, a ocho columnas, la noticia:
asesinado misteriosamente.

Es tan fácil morir, basta tan poco.
un golpe a medianoche, por la espalda,
y aquí está ya el cadáver
puesto entre las mandíbulas de un público
antropófago.

Mastica lentamente el nombre, las señales,
los secretos guardados con años de silencio,
la lepra oculta, el vicio nunca hartos.

Del asesino nadie sabe nada:
Cara con antifaz, mano con guantes.

Pero este cuerpo abierto en canal, esta entraña
derramada en el suelo
hacen subir la fiebre
de cada Abel que mira su alrededor, temblando.

Privilegio del suicida

El que se mata mata al que lo ama.
Detiene el tiempo –el tiempo que es de todos
y no era sólo suyo–
en un instante: aquel en que alzó el vaso
colmado de veneno;
en que segó la yugular; en que
hendió con largos gritos el vacío.

Ah, la memoria atónita, sin nada más que un huésped;
la atención que regresa como un tábano
siempre hasta el mismo punto intraspasable
y la esperanza que apuntó sus pies
para no tener que ir más allá.

Ay, el sobreviviente,
el que se pudre a plena luz, sepulcro
de par en par abierto,
paseante de hediondecas y gusanos,
presencia inerte ante los ojos fijos
del juez ¿y quién entonces
no osa empuñar la vara del castigo?

¡Condenación a vida!

(Mientras el otro, sin amarraduras,
alcanza la inocencia del agua, las esencias
simplísimas del aire
y, materia fundida en la materia
como el amante en brazos del amor,
se reconcilia con el universo.)

(Materia memorable, 1969)

Jaime Sabines

TUXTLA GUTIÉRREZ (1926-1999)

(Fragmento 5)

La procesión del entierro en las calles de la ciudad es ominosamente patética. Detrás del carro que lleva el cadáver, va el autobús, o los autobuses negros, con los dolientes, familiares y amigos. Las dos o tres personas llorosas, a quienes de verdad les duele, son ultrajadas por los cláxones vecinos, por los gritos de los voceadores, por las risas de los transeúntes, por la terrible indiferencia del mundo. La carroza avanza, se detiene, acelera de nuevo, y uno piensa que hasta los muertos tienen que respetar las señales del tránsito. Es un entierro urbano, decente y expedito.

No tiene la solemnidad ni la ternura del entierro en provincia. Una vez vi a un campesino llevando sobre los hombros una caja pequeña y blanca. Era una niña, tal vez su hija. Detrás de él no iba nadie, ni siquiera una de esas vecinas que se echan el rebozo sobre la cara y se ponen serias, como si pensarán en la muerte. El campesino iba solo, a media calle, apretado el sombrero con una de las manos sobre la caja blanca. Al llegar al centro de la población iban cuatro carros detrás del él, cuatro carros de desconocidos que no se habían atrevido a pasarlo.

Es claro que no quiero que me entierren. Pero si algún día ha de ser, prefiero que me entierren en el sótano de

la casa, a ir muerto por estas calles de Dios sin que nadie se dé cuenta de mí. Porque si amo profundamente esta maravillosa indiferencia del mundo hacia la vida, deseo también fervorosamente que mi cadáver sea respetado.

(Diario semanario y poemas en prosa, 1961)

En los ojos abiertos de los muertos

En los ojos abiertos de los muertos
¡qué fulgor extraño, qué humedad ligera!
Tapiz de aire en la pupila inmóvil,
velo de sombra, luz tierna.
En los ojos de los amantes muertos
el amor vela.
Los ojos son como una puerta
infranqueable, codiciada, entreabierta.
¿Por qué la muerte prolonga a los amantes,
los encierra en un mutismo como de tierra?
¿Qué es el misterio de esa luz que llora
en el agua del ojo, en esa enferma
superficie de vidrio que tiembla?
Ángeles custodios les recogen la cabeza.
Murieron en su mirada
murieron de sus propias venas.
Los ojos parecen piedras
dejadas en el rostro por una mano ciega.
El misterio los lleva.
¡Qué magia, qué dulzura
en el sarcófago de aire que los encierra!

Sigue la muerte

(Fragmento 1)

No digamos la palabra del canto,
cantemos. Alrededor de los huesos,
en los panteones, cantemos.
Al lado de los agonizantes,
de las parturientas, de los quebrados, de los presos,
de los trabajadores, cantemos.
Bailemos, bebamos, violemos.
Ronda de fuego, círculo de sombras,
con los brazos en alto, que la muerte llega.

Encerrado ahora en el ataúd del aire,
hijos de la locura, caminemos
en torno de los esqueletos.
Es blanda y dulce como una cama con mujer.
Lloremos.
Cantemos: la muerte, la muerte, la muerte,
hija de puta, viene.

La tengo aquí, me sube, me agarra
por dentro.
Como una esperma contenido,
como un vino enfermo.
Por los ahorcados lloremos,
por los curas, por los limpiabotas,

por las ceras de los hospitales,
por los sin oficio y los cantantes.
Lloremos por mí,
el más feliz, ay, lloremos.
Lloremos un barril de lágrimas.
Con un montón de ojos lloremos.
Que el mundo sepa que lloramos aquí
por el amor crucificado y las vírgenes,
por nuestra hambre de Dios
(¡pequeño Dios el hombre!)
y por los riñones del domingo.

Lloremos llanto clásico, bailando
riendo con la boca mojada de lágrimas.
Que el mundo sepa que sabemos ser trágicos.
Lloremos por el polvo
y por la muerte de la rosa en las manos
de los mendigos.
Yo, el último, os invito
a bailar sobre el cráneo del tiempo.
¡De dos en dos los muertos!
Al tambor, a la luna,
al compás del viento.
¡A cogerse las manos, sepultureros!
Gloria del hombre vivo:
¡espacio para el miedo
que va a bailar la danza que bailemos!

Tranca la tranca,
con la musiquilla del concierto
¡qué fácil es bailar remuerto!

(La señal, 1951)

El poeta y la muerte

El poeta está enfermo cuando llegó la muerte a visitarlo.

—Yo soy, dijo la muerte, tu verdadera madre. La que te trajo al mundo te trajo a mis brazos para siempre. Te hablé y tú me oías, y me llamabas tierra, Querías negarme en la flor, pero refugiabas a Dios entre mis brazos. Te tomé de la mano, y me acerqué para que no me vieras.

El poeta dijo: ¿estabas del lado de mi corazón?

Tú eres —respondió— el que caía sobre tu corazón. Yo te daba mis ojos todas las noches, pero tú los usabas para mirar la noche. Nunca quisiste verte hasta encontrarme.

—Pero yo penetré todas las cosas. Tú no estabas. Tú eras un hombre fácil en boca de los hombres.

—Penetrar es salir. Sólo en el rostro de las cosas se puede hallar las cosas. Horadar las tinieblas con una lámpara es perder la lámpara y las tinieblas. Yo estoy a todas horas en el grito y en gesto torcido, en las gargantas apretadas y en las caras impasibles de los que sufren. Yo no estoy en las tumbas sino sobre las tumbas. En las manos del carpintero que hace la caja, y en los azahares de la novia que va a hacer el amor.

—El amor es un lugar al que no llegas nunca. Te asomas a las ventanas del amor y golpeas y gritas, pero sobre sus cristales se quiebran tus manos y tu voz.

Nadie te oye en la casa del amor

—Te dije que me acerqué para que no me vieras. Yo soy esa escoba que nadie mira en tu casa del amor. Sus

risas también caen, como sus hijos, de sus labios, y yo las recojo después de la danza, cuando todo ha quedado a oscuras.

—¿Te irás? —le dijo el poeta.

La muerte sonrió: Estoy.

(Poemas sueltos, 1951-1961)

Vuelo de noche
(Fragmento 7)

Deje mi cadáver a orilla de la carretera y me vine llorándome. La ciudad es enorme como un enorme hospicio. Fría y acogedora, oscura e iluminada como la cárcel.

Vine buscando al amor. Pense que el amor era el único refugio contra los bombardeos nocturnos. Y encontré que el amor no podía salvarse. El amor dura sólo un instante. Es corrompido por el tiempo, no soporta la ausencia, apesta con las horas, se somete a las glándulas, está a la intemperie.

Mi pequeño jardín estaba engusanado. Nada de lo que dejé encontré. Ni un pétalo ni una brizna de aire.

¿Qué voy a hacer ahora? Tengo ganas de ponerme a llorar, estoy llorando. Quiero reunir mis cosas, algún libro, una caja de fósforos, cigarros, un pantalón, tal vez una camisa. Quiero irme. No sé a dónde ni para qué, pero quiero irme. Tengo miedo. No estoy a gusto.

¿Qué va a ser de mis hijos? Ojalá que crezcan indiferentes o ignorantes. Hay que aturdirse. Por eso es bueno el rocanrol, el tuist, el mozambique.

¿Habrá que vivir borracho de algo, como decía Baudelaire? Pero esta borrachera lúcida del tiempo y de la gente ¿No es demasiado?

¡Te quiero! ¡Te quiero cucaracha, María, Rosa, lepra, Isabel, cáncer, hepatitis, Gertrudis, manzana, mariposa, becerro, nogal, pradera, nube, llovizna, sol, escarabajo,

caja de cartón, te quiero, flor pintada, plumero, amor mío! Te quiero. No puedo vivir sin nadie. Me voy.

(Yuria, 1967)

En serio

Te digo en serio que la muerte no existe. De pronto lo descubres. Cuando el pedazo de carbón ya no es más madera sino carbón a solas, lleno de sí mismo, con su propia vida; cuando la corteza del árbol o la hoja desprendida flota sobre el arroyo, y la piedra en el fondo junto a los caracoles crece mansamente; el agua llena de tantas cosas minúsculas, llena de luz, de música, de insectos destruidos, de zancudos cristalinos caminando sobre la superficie; el agua que se bebe la sombra de los árboles; el ganado a su orilla, las quietas vacas en el viento, el viento quieto como una transparencia; toda la tarde, todo el concierto, la armonía, el deslumbrante misterio que está allí a tu alcance, tan sencillo y tan simple. Y tú dentro de todo, con todo en ti mismo. –Te digo que sólo la vida existe.

(Otros poemas sueltos, 1973-1977)

Algos sobre la muerte del mayor Sabines

(Fragmento VI)

Te enterramos ayer.
Ayer te enterramos.
Te echamos tierra ayer.
Quedaste en la tierra ayer.
Estás rodeado de tierra desde ayer.
Arriba y abajo y a los lados por tus pies y por tu cabeza está la tierra desde ayer.
Te metimos en la tierra, te tapamos con tierra ayer.
Pertenece a la tierra desde ayer.
Ayer te enterramos en la tierra, ayer.

(fragmento XII)

Morir es retirarse, hacerse a un lado, ocultarse un momento, estarse quieto, pasar el aire de una orilla a nado y estar en todas partes en secreto.

Morir es olvidar, ser olvidado,
refugiarse desnudo en el discreto
calor de Dios, y en un cerrado
puño, crecer igual que un feto.

Morir es encenderse bocabajo
hacia el humo y el hueso y la caliza
y hacerse tierra y tierra con trabajo.

Apayarse es morir, lento y aprisa,
tomar la eternidad como a destajo
y repartir el alma en la ceniza.

(Algo sobre la muerte del Mayor Sabines, 1973)

Enoch Cancino Casahonda

TUXTLA GUTIÉRREZ (1928)

El entierro

Qué fulgor se escapaba de aquel féretro
mientras los cuatro amigos lo cargaban.
Dictaba el árbol su canción al pájaro
y el horizonte, anciano,
meneaba su cabeza, resignado.

No sé por qué yo he presentido
que Dios estaba al pie del lomerío,
en traje de pastor, viendo el cortejo;
viendo que los huizachales florecidos
flotaban, polvorientos, como espectros.

La tarde derramó sus claros filtros
y tuve miedo de mirar sus oros
persiguiendo a las sombras del sepulcro.
Porque el escalofrío me penetra
cuando pienso en morir,
cuando me sueño
recorriendo los largos laberintos,
la densa oscuridad,
los siglos lentos.
Claramente lo advierto y lo confieso:

tengo miedo a morir;
pero si alcanzo una muerte como ésa,
con un cielo, y su paz, en cada llanto,
no sentiré temor en el regreso.

(La vid y el labrador, 1957)

Si tengo que morir

Si tengo que morir
que sea por marzo.
Y de noche, y de pronto,
y sin un llanto.
Mientras los astros miran sus rebaños
y justifican su quehacer amargo.

Y morirme saltando la ventana
en busca de lo fresco y de lo claro,
mientras lo cierto duerme entre las sombras
y aún se anuncia el resplandor del gallo.

A Máximo Prado

No supe dar sentido a la palabra,
tropical, como soy, digo diciendo;
yo hablaba demasiado de la muerte
mientras tú, sin decirlo, ibas muriendo.

Mi muy querido grabador, te fuiste
con tu perfil a contraluz, sonriendo;

quizá mientras tu rostro se apagaba
estaba el acahual resplandeciendo.

Cuando un hombre se marcha de improviso
hay que arreglar su cuarto, ir componiendo
sus ropas en desorden los afanes
que iban su sangre, a sorbos, consumiendo.

Por eso no habrá tiempo de llorarte
hoy que entre sombras vas languideciendo,
limpia estará tu casa y dentro de ella
tu pueblo su mirar reconociendo.

Mi muy querido grabador, te fuiste.
Nos seguiremos viendo.

(Ciertas canciones, 1964)

A Primo Chanona

Hoy te moriste mi buen Primo
y yo pasé frente a tu casa
con esa indiferencia de quien sabe
que tú ya estabas muerto de antemano.

Eras la cuerda floja de la vida.
El trapecio en espera de la suerte.

Quien ha vivido siempre en el vacío
sabe más de la hartura que los hartos.

Eras la voz recóndita del mundo
que se ha asomado sin querer al canto
sumergido en el fondo de sí mismo.

Tú fuiste la canción nunca cantada.
La posibilidad siempre mellada.

Nunca podré decir que has fracasado
cuando nunca soltaste tus amarras.

Sólo podré decirte estas palabras:
te quise de verdad, Primo, mi amigo,
corazón sin fulgor, llanto sin ojos.

De la muerte

La vida es un boleto para entrar en la muerte.
Es un descanso conveniente,
un escalón propiciatorio.

Sólo los ojos azorados pueden entrar en la muerte.
Esponjarse en su gelatina,
mirar en su oscuridad.

La muerte se hizo para pensar en la vida
(brasa perdida en el brasero)
porque es muy triste no tener historia
que pueda contarse en el invierno.

Un anticipo

De un tiempo para acá
he ido adquiriendo esta fea costumbre
de estarle haciendo versos a mis muertos;
los hago ya tan cotidianamente
que pienso que me estoy adelantando,
comiéndome la carne de mis huesos
antes de que la ronden los gusanos.

No sé, existen tantas muertes
necesarias, abiertas, esperadas,
que me entristecen sin quererlo,
como si fuera, en verdad, un cataclismo
eso que alguien se aburra, que se largue,
y nos herede sus zapatos viejos,
o su sombrero tieso,
o su perchero.

Empiezo a envejecer,
esto es lo cierto.
La penumbra, la tarde en los fogones,
nos lleva de la mano hacia el camino
que vimos una vez, quién sabe adónde.

(Estas cosas de siempre, 1970)

Con un sabor a sombra

Desde un profundo pozo
están pidiendo a un hombre.

Y ésta es la resaca del olvido,
la tapa de su féretro,
la distancia del aire entre dos ramas,
la noche que lo ciega,
la nuca del destierro
apoyada, solemne, en una estrella..

Todo está consumado.
-Amigo,
algo de lo que este mar se lleva
es tuyo...
Alguna vez,
debajo de un buen árbol
yo creí en la sombra.
Y heme aquí hoy,
bajo la potestad del justo
donde nada respira y es un pulmón eterno
y una pupila cierta.

Desde lo más profundo
¡lo profundo!

Ojo de caballo

¡Con qué dientes nos hiere la pobreza!

Mientras borrachos gritan
en la madrugada,
Rosario tiene fiebre.
Es mi primera hija,
tiembla de frío y bebe
la noche de su sangre
unida.

Hundo una mano en mi bolsillo
y ninguna moneda hallo que me lleve
a menguar esta pena que me muerde.
Salgo a la calle,
de un manotazo derribo a la noche
y en la esquina,
dudando de que acierte,
empeño mi reloj en la botica.
¡Qué condición! ¡Qué perra suerte!
¡Rosario se me muere!
—me repito—
y la calle, la noche, el farol y la gente
no escucharán mi grito.

Primogénito desnudo

Lo que vi por el ojo del abismo
fue cubierto por aguas que no conoce el mar.
Y me hallé solo en la mansión que tú no conociste,
allá en el fondo de los parques y los espesos bosques
donde las aves segadas por la aurora
cantaban quedamente el amor de los muertos más
antiguos sobre el rocío gris de la mañana.
En el amplio cavedio de la casa
llovía la claridad y las cosas
ya no sabían morir.
A lo lejos, las tumbas sollozaban...
(eso que tú sí conociste,
eso terrible y solitario y junto).
Y fui el primogénito desnudo,
talado en sombra, cayendo, cayendo,
como la higuera deja caer sus brevas
bajo un sonoro viento largo.
El día, colgaba de un bramante de ceniza,
la noche se sumergía en el mar
apoyada sobre sus grandes peces.
Esto vi por el ojo del abismo,
donde la luz sale de una tierna hendidura
y va a posarse en las montañas.
Donde el camino es un viajero más.
Alzo mi corazón, levanto la mirada,

porque he aquí
que la alegría del dichoso pesa
como un racimo de vid.

(Puertas del mundo, 1960)

Redoble bajo una ceiba

(Fragmento 2)

Entre el moribundo y el muerto
cómo zumba el asombro,
cómo zumba el insecto burlón del silencio;
Cómo en esa mirada de pez sobre la arena
sube la marea de la preñez amarilla
del espectro;
Cómo su boca se abre
sin estruendo;
Cómo su frente es un paisaje
ya sin viento
y un día breve en su mejilla.
En su mano derecha
hizo su tálamo el tiempo.
El cuarto es un planeta a la deriva
que encallará en su pecho.
El gruñido lejano de una puerta
desova la noche entre sus huesos.

¡Qué proa su nariz hendiendo el alba!

Un invisible animal se duerme en sus cabellos.

El suicida

Como un río grande –de noche– que no se ve si no se
escucha
el torrente del destino colmado de puentes
invisibles
pasa debajo de mis pies

Todo ha cesado de morir

De punta a punta la tela del sueño se ha rasgado
y el movimiento mismo (un ay intacto) circunda
el agua inmóvil
Se levanta el paisaje a través del vapor que empaña
la fiebre vegetal
y al choque de la rama con su imagen responde la hoja
movida por el viento

La neblina descendió agazapándose en la orilla de los lagos
y más allá de los troncos se trenzó con las lianas
parásitas veteadas de orquídeas
Los bosques de Montebello son de niebla y de tormenta
Sus lagos nómadas de distintos colores lanzan irisaciones
que desvanecen la mirada arrastrándola
al fondo de las aguas

Aquí la sombra ha fatigado al moho y a la piedra volcánica
El ladrido de la hoja podrida se mezcla entre los pasos del día

y los indígenas se aprestan para la caza del quetzal
la fugitiva estalagmita de coberturas verdes
y crísum rojo intenso

El temporal de la madrugada fue un imperio de truenos
y relámpagos
Desfalleció el viento. En la juiciosa boca de la flor
crecieron los astros de frescura y el grito del alcaraván
prolongó el solsticio de la noche
Amanece. La humedad es como el sueño: inmóvil. Sólo
asciende
un pueblo de raíces por las gargantas de las aves
que con su encanto mueven la alfombra olorosa de la juncia
El humo de las chozas se eleva imitando grecas mayas
mientras se filtra el suero cíclico de la memoria

Dos hombres cubiertos con capa de hule para la lluvia
se internan en el bosque seguido por la niebla
Delante de ellos el sol empieza a escaldar los colores
de árboles y pájaros
Una saeta cruza. Es el vencejo con su cola escotada
Los hombres avanzan entre alardes del queisque
escandaloso /
ante el reclamo del trogón violáceo o el grito
del hojarasquero /
el pochocate cruza los caminos todo caballeroso
y en las flores el rocío refleja las joyas de colibríes
suspendidos en el aire
Cerca del lago Tzisco en donde empieza el camino
al Cerro del Plumaje
la brasa ardiendo de un tunkil que vuela
les hace detener el paso: mezclados llegan el canto largo

del guardabarranco y el sombrío silbido
del tanamú canelo
Un estremecimiento de hojas les recorre la espalda

Al volver la vista hacia el lago los hombres vieron dos
cisnes
sobre el agua. El macho de plumas eclipsadas nadaba
en torno de la hembra inánime dando gritos de bayas
amargas:
de tiempo en tiempo se elevaba en el aire como
queriendo animarla para seguirlo
pero la hembra flotaba bajo el enjambre
del silencio
seguramente muerta por un rayo durante
la tempestad
(ahora el rayo es un cisne que duerme y que no quema
y el sol hormiguea entre las plumas)

Combustión de la altura
y constancia nupcial
más que volar fosilizaba el vuelo
Después de inútiles esfuerzos, atravesado por las treinta
y dos
puntas de la rosa de los vientos / en una quietud sin peso
y la creación entera suspendida entre sus alas /
el cisne pareció comprender que su compañera se
apartaba
de él para siempre:
la ausencia transcurría en ese alargamiento sinuoso de
su cuello
y sus párpados borraron el espacio del alba

De pronto se elevó muy alto en el cielo, giró dos o tres
veces
y bajo la curva de su vuelo incubó la curvatura
de la tierra /
más ligero que una brizna de paja
Como la gloria de la muerte que se consume a sí misma/
en el límite espectral de su impulso
dejó caer las alas:
se precipitó con fulguraciones de aerolito
y fue a destrozarse contra un acantilado.

Las hormigas precarias cerraron filas junto al lago.
El cuello solar del tucán negro brilló entre los pinos
derramando el follaje de otra edad
y los hombres perdieron ese día todo deseo de
cazar
quetzales.

(Nota al poema: En los bosques de Chiapas, los
habitantes llaman cisnes equivocadamente al
ánzar o al ánade salvaje que, en su paso para
cambiar de clima, bajan a la región.)

(1er. Festival de Escritores Chiapanecos, 1991)

Daniel Robles Sasso

TUXTLA GUTIÉRREZ (1933-1972)

Con el agua que pasa

Ninguno que esté muerto
tiene nunca importancia,
no tiene árboles ni aire.
Juega solo... escondido
con el agua que pasa,
también muerta, en el río.
Los que murieron de hambre
duermen con raros ojos.
Los que murieron viejos
ya estaban muertos antes.
De silencio a silencio
recuerdan sus espejos,
se aprietan la corbata
sobre un traje sin cuerpo.
Con el agua que pasa
van ojos agrupados.

(Viento al hombro, 1951-1959)

Vamos tú y yo cuando papá se duerma

Vamos tú y yo cuando papá se duerma,
vámonos a morir con él un rato.
Vámonos a tirar sobre su yerma
calavera sin ojos ni retrato.

Sal de la casa con tú voz enferma.
Sácame el corazón de algún zapato.
Sácame el corazón que se me enferma
como un pan olvidado sobre su plato.

Está bajo la tierra su sonrisa,
su corazón sencillo y su cabeza,
su amar a todos. Su querer a prisa.
Anda en su lengua un grillo que tropieza.
Anda un olor de avena en su camisa.
Andas tú madre mía por su tristeza.

No me dejan tocarte los gusanos

No me dejan tocarte los gusanos.
No me dejan la sangre de la caja.
No me dejan tu boca ni tus manos
derramar una queja.

Venías a saludar a tus hermanos,
al padre enfermo y a la madre vieja.
Estoy lleno de sangre de tus manos
pegándote de gritos en la oreja.

Estoy mirando el aire para abajo.
Estoy poniendo piedras en tu fosa.
Estoy trayendo un balde, un estropajo
para lavar tu lengua silenciosa.

Estoy mirando a un hombre boca abajo,
distinto a todo. Igual a cada cosa.

¿De dónde nace el llanto?

*A mi hermano Orlando, muerto
en la montaña, entre Dios y
las piedras hace siete años*

Yo quiero preguntarte de dónde nace el llanto,
de dónde viene a darnos a los ojos esa agua
recóndita y amarga y antigua de las lágrimas.
Yo quiero preguntarte también por qué nos lame
con su lengua salobre un mar desconocido
las orillas del alma cuando estamos a punto
de empapar con sólo una, una sola de todas
nuestras lágrimas, todos los pañuelos del mundo.
¿Acaso somos, dime, como antes hemos sido,
como siempre seremos, un largo grito de agua
en la sombra del viento, en el fondo del viento
o de la boca impura, grotesca y misteriosa
de esta arcilla que piensan que forma nuestra forma?
Yo quiero que me digas desde el tálamo seco,
redondo y aterido, donde el tiempo y la muerte
dormidos a tu lado sueñan un sueño largo
mientras tu risa rompe la boca de los nardos:
Yo quiero que me digas de dónde nace el llanto.
El llanto que nos tuerce los párpados; el llanto
que lloramos a gritos, o ese otro más discreto
que se va acumulando, que se nos queda dentro

hasta hincharnos la vida, o se va apareciendo
poco a poco, de modo que ninguno se entere
por qué cuando camina nos va sonando el cuerpo.

Yo quiero que me digas. Yo quiero que me digas
lo más alto que puedas de dónde nace el llanto.

De tu muerte total algo me toca

De tu muerte total algo me toca:
Soy como tu cadáver, como tu oído
vacío, como tu silencio y tu ruido,
como el Dios alegre de tu boca.

El sol que se desnuda se coloca
en tus ojos, inmóvil. Sorprendido.
Voy a decir que sólo estás herido.
Voy a esconder el mar tras de una roca.

Un hombre como yo no puede verte,
costra de Dios, caerte, desprenderte.
Irte de ti. Volver a ningún lado.

Piedra a piedra descendiendo hasta tu herida.
Sin que se mueva, el sol que te convida,
subirle a darle sol al que él te ha dado.

Un joven viento

Es inútil, no puedo convencerla. Siempre está ahí. Siempre.
¡Siempre!
Por eso digo que es inútil. Antes me resistía, probaba,
inventaba mil formas de eludirla. ¡Todo en vano!
Para los que no han vivido alguna vez, aunque sea un
instante
su propia muerte, no puede existir la muerte de los demás.
No la sienten. No tienen lengua para probarla, para
untarla por entre sus muslos mansos, cuando su
cimbreada
cintura de humo sosiega sus urgencias. Tampoco pueden
verla ni tocarla, porque nunca han visto ni tocado nada
que no sea su propia imagen que rara vez se proyecta en los
charcos donde chapotea la insignificancia de su vida.

Por eso la muerte es para los que han estado en ella
siquiera una fracción infinitesimal de un segundo de
angustia, de indecisiones, o de esos arrebatos que su
violenta atracción nos provoca en ciertas horas de ciertos
días que sería mejor no recordar;
para ellos es la muerte.

Para los favoritos del terror, para los privilegiados del
espanto. Para los que se meten a buscarse la vida por los
ojos de los gatos, como por el agujero mayor del túnel
de sus sueños interminables.

Un joven viento obscuro empuja hacia la noche los últimos fragmentos del día muerto.

La noche ha oído su silencio y se ha puesto a dormir tranquilamente.

(¿De dónde nace el llanto? 1960-1971)

Óscar Oliva Ruiz
Tuxtla Gutiérrez (1938)

El sufrimiento armado I

El poeta saluda al sufrimiento armado
CÉSAR VALLEJO

Frente a la tumba del comandante
Marco Antonio Yon Sosa,
en Tuxtla Gutiérrez, escucho al crepúsculo
resquebrajándose.
La tumba tiene el número 5582.
Sus compañeros, Enrique Cahueque Juárez (tumba
5581)
y Fidel Raxcacoj Ximutul (tumba 5584)
yacen con él, destrozados.

Los campesinos de Izabal
creían que no moriría nunca.
Engañaba a los soldados durmiendo
en el vientre de un caimán
o convirtiéndose en un racimo de plátano.
Una vez lo atraparon,
pero huyó encarnado en un venado negro.

No se puede andar mucho tiempo en armas,
junto a los campesinos, sin que uno proclame
la unidad del sufrimiento y de la rebelión.
Los asesinaron en una emboscada
cerca de la frontera con Guatemala,
en la boca del río Lacantún,
y a las 18:30 horas del 20 de mayo de 1970,
los sepultaron aquí, bajo este viento seco
y encalado.
Recuerdo que los trabajadores del panteón
y sus hijos, preguntaron:
“¿A quién entierran?”
No hubo respuesta.
Tres estudiantes arrojaron puñados de tierra
en las tumbas; depositaron ramos de flores.

Regreso a mi casa, en la ciudad de México,
repaso los periódicos que comentaron estos sucesos.
“México no puede ser santuario de guerrilleros
y tampoco puede permitir que grupos armados extranjeros
violén su territorio.”

El secretario de la Defensa Nacional
también dijo que los guerrilleros guatemaltecos
habían disparado primero. “En esas condiciones –añadió–
nuestros soldados no van a contestar con flores y abrazos.”

*Inclinemos nuestras banderas de luto
Y alistémonos para nuevos combates.*

¿Un crepúsculo resquebrajándose por mi espalda?

(Estado de sitio, 1986)

Apedramiento

Cuando levanto una piedra
arranco al mundo una mirada
y lo hago más ligero de la muerte.

Siento que me muevo hacia el sol.

Algo se me queda de esa mirada.

Y tras ella va la piedra que levanto.

(Trabajo ilegal, 1984)

Iniciación del jubilo

Abro las puertas del diamante

enceguecido

ando,

a tientas,
por el túnel que se arrastra en el estertor del éxtasis.

Las tinieblas me encadenan a un láudano que huele a mar.
Arrimo una silla junto a mi cadáver
para escuchar de cerca el silbo de una voz
que se esfuerza por crecer en ese interior socavado.

En la humedad de sus cuencas escribo despacio,
hasta que el cansancio me doblé en uno de sus cirios.
Hasta que las puertas del diamante se cierran,
y quede atrapado.
Y hosco.

Hesitación

Verdaderamente me siento mal

Veo a través de las palabras
como en una insolación.

(A lo lejos, un gavián
en un oyamel parece
una hacha clavada.)

¿Soy yo el que escribe todo esto?
¿Esto no lo escribe aquella silla
esta maceta
esa cortina semejante
a un páncreas?

¿De quién es este lenguaje
por donde me deslizo
para no llegar a ningún
sitio?

Del hacha incrustada en mi cráneo,
fija en la impaciencia,
nace la cólera y crea gestos
y armas. El gavián, el hacha
se desclavan, vuelan.

Diálogo del movimiento

Muévete, muévete,
le digo a la mujer.

Mueve el cadáver que lloro,
que cargo,
que entierro.

Vacíame.
Riégame

Mueve los días que han de modelarme en otro pez,
que ya se presienten en mi olor.
Mueve esta alegría sobre la que estoy acostado.

Muévete.
Tan sólo.

(Yo me muevo en la mujer como
entre las imágenes de un poema.)

(Estado de sitio, 1986)

Al vuelo de la muerte

¡Nadie admire el paisaje que encierra una amapola,
ni sienta al pasto que se quema en la llanura!
La ceniza borrará la huella del cuerpo que dejaste
en el aire

Escucha cómo crece la lluvia sobre la tierra.
Viene la muerte arrastrando el sueño de las golondrinas,
la noche que olvidó la luna en el hueco
de un nambimbo que creció sobre el corazón de un
animal de la montaña.

La muerte no nació de una mujer: grave misterio.
Un mal día, se tuvo noticia de la llegada de los astros
hasta el cuerpo de un hombre, y crecieron las ramas y
las flores
para espantar la lluvia que arreciaba en el verano.
Creció del sueño como una semilla, y habitó los cadáveres
ignorantes de todo.

Cuando la luna negra sabe del menor movimiento
de las mariposas,
y recoge con su dulce mano el salto de la hoja desprendida
por el golpe que llega encima del tiempo,
acogeré, entonces, los gritos que ocasionaron la dura muerte
de las piedras.

¡Las puertas de este pueblo permanecerán cerradas
para siempre!

¡No hay paz en sus ventanas! ¡Y el golpe amarillo de los días
terminará con los habitantes que luchan con la tierra
y el cielo!

(Trabajo ilegal 1984)

Omar Gordillo

TUXTLA GUTIÉRREZ (1938-2003)

Rondando estuvo...

Rondando estuvo la muerte
toda la noche mi cuerpo,
con su marimba de huesos
en la garganta de un perro.

Noche de luna en la sombra,
canto de muerte y hastío,
sueños, insomnios, fatigas,
constelaciones silentes...

(Mis dedos crispados todos
hacia la fuga del tiempo...)

Rondando... rondando estuvo
toda la noche mi cuerpo;
jalándome de los pies,
tirando de mi barriga.

Secándome de las venas
y del vacío de mis ojos.
Rondando...
Rondando estuvo la muerte.

¡Estuvo!

A los caídos en España

Con raíces en la tierra
va mi lengua de fuego
carcomiendo la historia.
Suena ecos silentes, vientos, palabras.

Tiempo que devora el tiempo.
Sin que las horas lo palpen
golpean sobre mi pulso
con cardo, hiel y despojo.

Este barro amasado con barro
de mis huesos pegados en vida.
Ahuecadas a mis manos
con un verbo conjunto
a orillas de la noche:

¡Dos décadas ha que España muere por España!

Nada devuelve. Nada devuelve.
Tengo el pecho roto.
Las manos, en órbita de siglos.
El hombre sembró muerte
y resaca de tiempos.

Espacio, tierras, tiempos
todo en reyerta, todo en contienda.
Todo implacable, en reyerta todo.

El hombre enmudeció
frente a aquella España
temblorosa e ingenua.

Silenciosa, indefensa,
con mutismos taladrados por espantos.
Calló el hombre.
Solo, en caminos agonizados.
Con heridas en carne,
cayó el hombre en un desmoronamiento
de muerte sin reposo.

Así calló el hombre
en bruma, esculpido en sangre,
en cadáveres pétreos,
cincelado en mano de agrestes
soldados con puño de acero.

Calló el hombre
en masacre de crímenes.
Así calló el hombre
con dolor por España.

1961

Transparencias marinas

A Belén, esta historia costeña

(Fragmento II)

Ella recuerda que lloró toda la noche la noticia de su hija muerta en la olvidada y lúgubre sala de un hospital rural. La lloraron con ese olor a bejuco de estero y de orines. La lloraron recordándola en su desnudo y a medio vestir de su torso cantando esas torpes canciones tristes de amores sin retorno: canciones que los viejos dicen escuchar por los manglares. Ella es reconocida por la fotografía ajada y vieja de la playa y en el fondo un pequeño velero en medio de la mar:
¡El trópico!

Vida o muerte

No creas que los muertos nos quedamos solos en el frío sepulcro de la muerte. En los aconteceres, por las tardes, más allá de la oscuridad y de los muros, mientras ustedes los vivos duermen la perezosa siesta nosotros murmuramos el silencio que recoge el viento por los rincones oscuros y sopla hasta permanecer empolvado de recuerdos. En las flores del misterio que nos cubre, no creas que es difícil llevar la ausencia y la cuenta de consuetudinarios días transcurridos, por las mañanas ocupamos ese tiempo que no se ciñe a un horario de campanas, ni de soles aviesos de una muerte pregonada. Nosotros respiramos el Roma de flores, es cierto, y oír caer la lluvia es a veces un bálsamo, pero no creas que a los muertos se nos tapa la cara para olvidar algunas malicias cometidas en vida, ya que todos ignoramos que es más superfluo el odio. No creas que he aceptado la muerte que me toca llevar, por el contrario, me acostumbré a la vida que tal vez sueño, a la muerte que hoy conllevo cohabitando con la vida, pero todos sabemos que nacer o morir es cosa fácil y lo difícil... vivir.

Padrote de la vida

Padrote de la vida
pendejo de la muerte,
visaje del ser
mueca de la parca,
sonrisa de alegría
rictus de la tristeza.

Pero la muerte, señora...
¡Señora de la luz y de la sombra!

Nada nos es otorgado por completo,
llanamente.

En la rueda de la fortuna del suceso
nada nos es otorgado por completo,
se es padrote de la vida o pendejo de la muerte.
Todo en el visaje del ser o la mueca de la parca,
en la fácil sonrisa de alegría o rictus de tristeza.
La muerte, señora de la luz y de la sombra
Es cosa seria.

(Elegías del caminante, 2006)

1941-1950

*Y yo, he aquí que traigo un diluvio
de aguas sobre la tierra, para destruir
toda carne en que haya espíritu de vida
debajo del cielo; todo lo que hay en la
tierra morirá.*

GÉNESIS 6: 17.

*¡Cuán poca cosa es el hombre!
¡Ay de mí! ¡Cuán poca cosa!
¡Cuán breve y frágil el hilo de la vida!
Andamos con la tumba bajo nuestros pasos.*

PETRONIO

*Y al encuentro de la muerte
cabalga blandiendo la espada,
con mis cabellos flotando
al viento como los de un joven...
Hincando las espuelas contra
los flancos de mi caballo invencido,
indomado,
me precipito a tu encuentro
¡oh Muerte!*

VIRGINIA WOOLF

Leopoldo Borrás
COMITÁN DE DOMÍNGUEZ (1941)

La premonición

(fragmento x)

Te amo porque relumbras
relámpaga muerte
y porque te puedo empuñar
con una sola mano
ligera
temblorosa
y a veces me da miedo
y luego pienso en los albinos
en los hijos del sol
que no pueden verte de frente
sin medias vueltas
sin remordimientos
me refugio en ti.

(Balada de amor y muerte, 1984)

La hormiga

(fragmentos)

VII

Gracias amiga diminuta
por saberme muerto
y penetrar
en mis narices
resopladoras de esperanza.

VIII

Bienamada
yo no sé cuánto dura la muerte
porque recuerdo la vida
pero hoy
han cambiado las cosas.

XIX

Ayer
en junio
un jueves de corpus
tus hermanas mayores
alejaron el hambre
y los disparos perdidos en la noche
y los compañeros perdidos para siempre
como aquella tarde de halcones
de gritos desgarradores
de estudiantes
alucinados por la muerte
los recuerdas
recuerdas también el dos de octubre
y la muerte de lucio y de genaro.

X

Hermana ínfima
te doy el derecho de mi piel
no quiero que los buitres me descubran
ni el quebrantahuesos
ni la viuda
ni la rabia de jaurías
en las grandes ciudades
me devoren
por ti recuerdo ahora
el beso prolongado
sus deseos
el rítmico jadeo
la sangre virgen
la posesión infinita
descubridora de verdades y mentiras.

(Balada de amor y muerte, 1984)

Soledades

(Fragmento IV)

El suicidio
no es la mejor solución
para la soledad
¡eso de hacerse acompañar
de miles de gusanos
y de lombrices subterráneas!

(Canto de amor a unos zapatos viejos, 1985)

Roberto López Moreno

HUIXTLA (1942)

UÑA de la eternidad
en la carne del sentido,
alma en espiral del fluido
naciendo maternidad;
en nuestra rala heredad,
molino de cuatro puntas,
églogas y espigas juntas
parchan la piel de la historia
que le llora a una memoria
en cuatro velas difuntas.

“¡QUÉ prueba de la existencia
habrá mejor que la muerte”
honda, sanguínea, que advierte
suerte de su inexistencia!
Parabólica presencia
resbala su hipotenusa
y en su descender, confusa
sujeta su grito al eco.
Su cuerpo, difícil hueco
prueba la existencia obtusa.

(Décimas lezámicas, 1986)

Un cuerpo en cruz, clavado,
es una ofensa al hombre
y lo será y será y seguirá siendo
por el que clava
y el que permite el clavo
y pone a sus verdugos
la otra mejilla de su dolor inmundo
Un cuerpo así transido es anatema,
sarcasmo para el que empuña
el fuego que constituye.
Clavado y clavador serán ceniza.

¿Cuántos adioses ha de costar la vida?
Cómo nos han diezmado el pan y la sonrisa,
lo que no han de matar es la memoria,
corriente que nos hila y crece.
Demócrito Solón, rebelde Maiakovski, camaradísimo Neruda,
codo con codo entre puño y lengua.
¿En qué calibre se puede contener al pueblo? (Mir).
Muchos adioses le han hecho a nuestro cuerpo,
pero nosotros estamos para matar la muerte.
El día en que la muerte muera
¿qué pan devorarán los poderosos?

Tan poderosa, tan germinal
también
la muerte vibra aún por encima de nuestras casas,
adentro de ellas danza,
de entrañas anegadas
por corrientes de silencio.
Nosotros somos el sonido,
el movimiento.

(Verbario de varia hoguera, 1993)

Eran las 3.5, Adolfo Castañón

Eran las 3.5 ascensiones de Richter;
vinieron a informar a la ciudadanía
que el poeta había muerto.
¿Cómo decírselo ahora a sus poemas?,
¿cómo decirle al aire en el que vuela?,
¿cómo al agua?,
tienes razón Adolfo, ¿cómo?
Tú me presentaste con él, ¿te acuerdas?:
“Él es Roberto López...”
y yo tendí mi mano hacia el centro en combustión
de mis blasfemias.
Una cosa es hablar de la llama
y otra hablarle a la llama
“Él es Roberto López...” y la calle Madero
fue colibrí nocturno de mi anfracto calendario.
Eran las 3.5 de Richter, Adolfo Castañón,
unas horas antes
la llama de Mixcoac se había elevado sobre el valle,
se había hecho aire de abril,
sur de domingo,
y nosotros pupila absorta frente a la transparencia.
Eran las 3.5
y era la eternidad que nos rozaba.

(Ábrara, 2004)

Elva Macías

TUXTLA GUTIÉRREZ (1944)

Herodías y Salomé

Destrozadas
las madres están aquí, allá.
En todas partes se desangran,
paren, se mutilan.
Como el cuerpo de Juan el Bautista
que Salomé martirizó.
En Armenia se venera un brazo,
en Damasco su tronco derribado.
¿Dónde su cuenco bautismal?
¿Su sexo codiciado hasta el delirio?

Madre, estoy despedazada,
tantos siglos de insomnios nuestros velos.
Hija, permiso te dé Dios
de no ser mal deseada.

En mi pueblo no hay sepultureros

El poblado fluye entre dos días.
El Pando moja las siembras y en abrevadero.
El río de los Amates tiende un puente hacia los placeres,
hacia las ferias trashumantes.
Luego extiende su brazo,
allí mujeres de pechos desnudos levantan la espuma
con sus manos para depositarla en blancos lienzos
sobre la ribera.
El río sigue su corriente.
Bordea el cementerio, lame las tumbas,
moja los huesos de los primeros muertos.
Ondas que en vano aguardan
a los hijos que se echaron a rodar tierras lejanas.
¿Crece a la par del pueblo el camposanto?
Más allá del panteón hay fincas y caseríos.
 ¿Dónde está mi sombrilla de los entierros?
 Hasta hoy, decía mi madre, no ha habido difunto
al que yo no acompañe hasta la casa del descanso.

Para nuestros muertos amados
los amigos cavan las tumbas a voluntad.
Tomen sus providencias lo que serán sepultados por dinero.

(1er. Festival de Escritores Chiapanecos, 1991)

Tarot

La aldaba
gira al tiempo de la respiración

Al fondo
un desnudo se inmoviliza en estampa

El aire
ya no se renueva

El cuerpo
duerme y la muerte vela.

El arca de Noé

Y mientras el arca se alejaba, Noé contempló largamente aquellos animales que se empeñaron en no subir. Quería conservar en la memoria aquellas especies que el hombre no conocería. Así esperaron con dignidad el ascenso inexorable de las aguas: el unicornio, el ave fénix y el dragón, la arpía, el basilisco, el grifo, el ave roc, pegasos, centauros, sirenas y quimeras...

Que nada nos sorprenda

Muerte mía,
Cuando te acerques
Habremos de recordar
Todas las formas
Que tomaste en vida.

(Imagen y semejanza, 1982)

Ciudad perdida

(Fragmento vi)

...En el ángulo del relato, sobre arenas de cobre, contemplo el tránsito de las provincias de la vida a las provincias de la muerte, figuras en el biombo nocturno: tus huestes en retirada.

El río corre en meandros caprichosos como su mansedumbre y entre los fuegos fatuos, las liebres roen los huesos de los muertos insepultos.

(Ciudad contra el cielo, 1993)

Raúl Garduño

CIUDAD DE MÉXICO (1945-1980)

Palabras de un muerto

En el centro de plazas desiertas se inaugura el silencio. La ciudad sin nadie ha marchado a sus escombros y ebria, ha caído en la alcoba de lo desconocido. El miedo se descuelga de los edificios como un bandolero alucinado. Y ojos borrosos y números se hunden al fondo de su cólera.

La ciudad...
Agosto camina con pies de fiebre en mi corazón,
Agosto pisa rosas encendidas en los huertos lejanos,
no sé si Agosto... Frases luminosas sobre mi cabeza,
torres de una sustancia amorosa entre mis dedos...
No me muevo. Ni mi soledad. Ni el calzado de mi ruina.

Solitario. ¿Quién soy? A nadie hablo ahora.
No me importan ustedes ni mi memoria es suya.
Es la noche entera como la sombra de su propia persona,
Son los silencios uniéndose a mis pasos en la gran
ciudad deshabitada.

A nadie hablo. ¿A quién hablaría
Desde el desorden de cuerpos mutilados en las puertas de
la muerte?

Pero de pronto y lejano,
tomo con fuerza esa canción que a espalda de lo oscuro
va descendiendo hacia mi frente,
dejo que el sol tienda sus mantas al otro lado del mundo
mientras el bosque antiguo despierta en medio de la sangre
y va dejando sus manchas verdes en lo que fui.
¿En dónde anduve? ¡Qué rostro mío, a medianoche,
abrió los ojos en los parajes del espíritu?
¡Eternidad junto a mi piel
y otra vez la bandera de la profecía en los temporales del año!

Ahora tú, Ilusión,
podrías acomodarte de nuevo en mis arterias
y escuchar el sonido de la piedra
al caer sobre la música. Ahora
podrías recordar la ausencia de las aguas apartadas.

Mi voz se abría
en la profunda exclamación de los sueños:
era uno de esos días en que de pronto
ha entrado el otoño tirando puertas y ventanas
y empujando, más allá, hacia el crepúsculo,
las últimas frases de una conversación sin amigos
mientras llueve un poco
y el jazz se inunda bajo nuestro techo.
Andaba por ahí, bajo las luces
que apenas se encendían en el medallón de las horas,
frente a rostros desvencijados

y estatuas caídas en el arenal de lo ausente;
entré a un café donde la miseria derramaba perfumes
y quise tomar esa poca de vida
mientras la tarde subía por las escaleras adyacentes.
Entonces vino. Juntó mis manos
y dibujó una línea sobre el aire. Era domingo.
La muerte.

Allá me fui, con esas cosas deshechas,
y con el rostro en harapos, y ¿a quién llamar?
¡A quién decir esto no es cierto, tiren de mí,
éste es un barrio de locos?
La ciudad. Y el silencio en la cruz de su misterio.
Y la gran explanada de mi corazón. Y el vacío.

Desde aquí la señal
hunde su clavo en la piel de nadie.
Llueve en el sur de alguna ausencia,
llueve sobre la ciudad, sobre el escándalo del tiempo,
llueve,
y la lluvia demuele su claridad estatuaria.

En la ciudad vacía camino hacia ninguna parte
y hay una fuerte nostalgia en el muñón de mi caída.

(Las horas aprendidas, 1982)

Hallado en la sala de armas de un ciclón

Hoy trajeron el cadáver.
No hay nadie dijo el cadáver
dando la espalda,
acostumbrado a vivir.

Alguien llegó con un lienzo, con una esponja,
con una tinaja de sangre.

El viento golpea como nadie.

Una niña que apaciguaba gatos
huyó cuando tosían detrás de una puerta.

Ansiadas blanquecinas
descifraban gaviotas en el ataúd
y depositan envíos de bestias a las caravanas.

Arden los valles.

El viento golpea como nadie.

La casa para decirnos que se derrumba.

Un chamuscado que pasa
lleva su silencio de niguas
en el perro de su sombrero.

Se abren las luminarias.
Se abre el mundo
Como un fenomenal hocico invisible.

(El recinto donde duerme el oro, 1982)

Sepulturero...

Sepulturero: se sale de madre
la canción del mundo. El poema de tu nombre
tiembla en su huella de tumbas fatídicas. Se oyen pasos
allá donde vacilas abatido entre las hormigas,
en el horizonte de la tarde insepulta que nada ocupó,
junto al perro de aguas apaleado por la hermosura.

Hueco de campanas,
quieto,
sentado sobre el cráneo que la tierra devuelve,
rastreado tu corazón con la mano encendida
de la anhelada carne;
el sol anuncia las ruinas silvestres
del cadáver descifrado en estatuas por la lluvia:
son unas cuantas flores para nacer a fondo,
para irse de bruces,
para beber ese aguardiente que desnudó al espanto,
para beber esa lágrima mía que te purifica.

Mira bien a este joven que sostengo en vilo
a las puertas de tu custodia:
nieve de siglos da contigo en el brazo de su sombra,
en su traje de verano como jardín confuso
por donde haces pasar la noche de guaridas
con tu pala de ceniza airada, por donde
haces pasar espumas que trastornan nuestros nombres,

afuera,
entre los alacranes que ascienden,
en donde oigo que la arcilla deposita en tu bastimento
la exaltación del amor.

Vayamos, quemadura, hombre recio de sueño.
Vayamos por el amor del polvo
a los ojos donde un caballo muere,
trotamos sobre las ruinas despavoridas y ardientes,
barrenemos la inscripción sagrada
y seamos la raíz del ser donde la arena piensa,
y sepamos hallar la rosa de platino del eterno frío,
el cetro que canta en la lluvia del eterno frío,
único dueño de la piel errante,
vicario de sí mismo en el derrumbamiento del sol...

Que venga, que suscite
la escafandra de su antigua visita inolvidable,
mientras la puerta extraviada y el reloj exánime
parezcan despedirse de su noción del calcio, parezcan
embarcarnos como gotas aherradas rumbo al fuego.

la ceniza con su nombre de oleaje,
la apuesta insana desde un siglo al Tiempo.

(Los danzantes espacios estatuarios, 1982)

Atado al cuello...

Atado al cuello de una sogá
puedo verte pasar con los muñones que saltan,
con la boca volada,
sin pies ni cabeza,
batiente como una tromba entre los fantasmas.

Toda la noche larga en la oquedad ahíta
danzas devorando hormigas descomunales,
abriendo las alas amargas de tu desnudez
para mi amor y para el hambre
de los mares que me contienen.

A tus muertos robaré para decir un río,
partiré invisiblemente un terrón de pájaros,
me nutriré con el pétalo fuerte de tu desencanto.
Relataré un sepulcro a los ventanales amenazados
en voltejeos de una estampida al amanecer.

¿Qué me das a morir, Compañera
en el pueblo de los silencios?

Yo no nací sino la travesía secreta de tus párpados
cuando la vida y muerte aguardaban en palmas colosales.

Hoy soy el fuego, el agua en fuego,
el ruido de hechura devoradas,

Nazco de ciertas palabras...

Nazco de ciertas palabras la noche de los asesinos.
El silencio transporta la cicatriz de mi nacimiento.
La reyerta pincha mi corazón abriendo cárceles,
templando lanzas fraguadas en el incendio.

La fragata de la idea, la muerte,
se deshace en tiempo.

Desfondados por evitar el sueño
donde los muertos viven y atraviesan el ojo de la aguja
con alambres de púas en las manos,
los labios echaron al fuego cortezas señeras,
fueron el amor calcinado en la plaza sagrada,
sintieron los hombros pesarosos de los ataúdes.

Y hoy, sin mejillas,
sin el ansia infinita al romper los cristales,
abro las puertas sanguinolentas del escondrijo letal,
del grito,
de esto que suena carcomiendo la tumba gota a gota.

(Caballo de espada, 1982)

Joaquín Vásquez Aguilar

CABEZA DE TORO, TONALÁ (1947-1994)

Poema con Isolda triste

Mírate las manos:
no vayas a morirte a ciegas un día
por tu obsesión de quitarle al cielo sus ángeles
y derribar anuncios en las calles
y romper tu TV
y llorar a golpes

Si regresó del mar
con tu fardo oscuro la paloma
de algún modo entiendes
que la muerte a veces también busca llorar
sobre los hombros de alguien
como tú
como yo
de tanto andar enfurecido o triste, tal vez triste

Uno camina a veces sobre arena en llamas
y el río lleva a veces su corazón lleno de luna encontrada

Mírate tus manos:
descubre qué pájaros te pueblan

El viento
no siempre está dispuesto a llevar jinetes al mar.

Poema con muerte acalorada

Me pongo a discutir con mi muerte
y me acaloro
y nos acaloramos
y en llamas
seguimos discutiendo

se necesita trancas
fuertes sogas
ríos enfurecidos
para detener mi muerte

mi muerte echó a correr como un caballo

agárrate
viento
que traigo
mi muerte relinchando
mi muerte desbocada

¡ay!
mi enloquecida muerte.

Poemuerte

(canto a Miquiztli)

Porque te encuentro a cada paso
a cada inmensidad del viento

En cada gente que me mira como quien sabe pájaro.
porque acudo a mis raíces
y te descubro formando parte de mi risa, de mis ojos.
porque la tierra y el pueblo
y porque duele en el costado
algo que me entristece hasta el amor
te platico estas cosas
compañera.

México (II)

Moriré hacia atrás
en mi antigua casa
en mi edad uno caña

Donde cantaba el ceniztle
virgen virgen

Moriré cobrizo contra blanco
pluma contra metal

Regresaré a mi cuerpo de águila
para caer entero
total
y ser mi muerte.

(Cuerpo adentro, 1978)

Recado de familia

(Fragmentos)

En memoria del viejo Emeterio, mi padre

I

Desde el manglar me preguntaron las iguanas
por ti
los bagres del estero también me preguntaron
el viento y sus gaviotas
tu canoa
tu atarraya

Mamá me preguntó por ti

Y yo tuve que hacer este recado
y ponerlo en el pico de la garza más blanca
a ver si en la blancura te encontraba
y lo amarré a la tristeza del pez más profundo
a ver en qué rincón del agua te encontraba
y se lo dije a la lluvia en su gota más secreta
y al salitre en su yodo más recóndito
y al más fino pliegue del vestido negro
de mamá y las hermanas

Padre

Que estamos esperando
alguna brisa tuya entre las ramas de los mangos
algún indicio de tu nombre en el polvo del patio
algo que nos diga cómo te va
don Emeterio
cómo la vas pasando allá
en esa oscuridad que brilla
al otro lado de nuestras lágrimas

II

Naufraga mi camisa, mi ropa toda en la
Ciudad de México.
estoy a punto de otras ciudades y no puede mi piel,
no resiste mi piel en sus costras horribles,
mi edad me empuja hacia hoteles oscuros,
solitario en mi sangre que me apura, me exige.
naufraga mi cuerpo en alcoholes desatados
pues me avisan que has muerte, padre,
y ni siquiera tu muerte conduce el mundo de otro
modo, de otro mirar, de corazón que me rescate.
me avisan que la casa está sepia
y mi madre toda oscura en su butaca, aquella
que le hiciste un día de mayo.
que los nietos aún se asombran cuando no te ven
como a diario bajo el chicozapote tejiendo tus atarra-
yas,
tus hamacas.

y yo, a tres meses de tu muerte, no hago nada por
evitarme esta tristeza que me nubla,
esta desesperación que golpea mis hígados,
este David sin honda que soy,
este olor a suicidio que me ronda.

(Erguido a penas, 1991)

Efraín Bartolomé

OCOSINGO (1950)

Admonición del ángel

Es tan difícil entenderse, amado ángel
Ch. Baudelaire

Calla

Eres polvo
Estás muerto hace siglos
Tu lengua es polvo.

De mi lengua sin luz germinaron los dioses.

Silencio

La noche está en tu boca
En tu saliva habita la tiniebla.

La noche escupe un rayo con su boca de sombra.

¿Has olvidado que no existes?

Tú eres la Mudez

Nadie te escucha

La estirpe de los hombres se derrumbó antes
que las hormigas.

El polvo de tu lengua canta para una generación de sordos.

Soy un poeta
Soy una veta de oro escondida en el pecho de mi generación.

Tu patria es polvo
Tu propiedad polvo
Tu lengua es polvo.

Con mi saliva y mi dormido polvo me hago a mí mismo.
Heme aquí, solo, en el centro del mundo:
Adán de barro fresco todavía.

Yo soy el ángel
Mi espada corta el día
El árbol de la noche se desgaja:
caerá sobre tu especie una rama de sombra.

No me importa:
he aquí que soy poeta
y mi oficio es arder.

Hay demasiada noche sobre ti
De tu boca saldrá sólo ceniza

De la boca del hombre la palabra
De la boca de la palabra la canción
De la boca del hombre la palabra que canta
¡Arrodíllate Sol, te estoy nombrando!

No hables más
Siempre estarás conforme
Mirarás sólo el polvo.

He aquí que levanto mis ojos de la tierra
He aquí que estoy harto de sólo pisar sombra
Compartiré contigo esta ración de infierno.

El filo de mi espada beberá en tu garganta.

He aquí un hombre con su garganta lista
para hacer que florezca vergüenza en los cuchillos.

Visión del sueño negro

(Fragmento 9)

(Caronte y Terapeuta)

Sobre la barca en sombra de las aguas de sombra del
Estigia sombrío
Caronte está de pie
Sogas de agua invisible lo mantienen atado
Debe cansar estar de pie sobre la barca siempre
Surcar de un lado a otro esta agua monótonas donde nada
sucede
Donde nada se escucha
Ni el golpe de los remos contra la sombra líquida
Ni una voz Ni un murmullo
Ni el agua que golpea las rocas de la orilla con un golpe
insonoro:
agua densa que estalla sin sonido como un espeso tulipán
de sombra
Debe cansar estar de pie sobre la barca siempre
Ver las filas enormes de los que esperan turno con su
moneda triste
entre las manos:
quieren gritar
no pueden
y su grito revuelto se destaza
y como un látigo les quema el interior:
afuera nada cambia

Ni luz ni movimiento
Ni un mínimo aire muerto se desplaza
Caronte: carne y piedra
(¡Qué perfección tu sucia mansedumbre!)
Estás del otro lado del espejo que miro
(¿Soy el haz o el envés?)
Yo borro lo que escriben los dedos de la muerte
Doy caminos distintos
a los que se destrozan con sus uñas sin filo
a los que intentan sonreír llevando entre los dientes
un corazón humano
a los seres oscuros que ya se saben polvo
(y ya son polvo)
a los que nada pueden cultivar tras de sus ojos limpios
sino un jardín de niebla
Soy el que los convence de abandonar la fila en la que
esperan turno para verte
El infierno ¿cuál es? ¿La espera o la esperanza?
Caronte: mi enemigo: yo trabajo al servicio de la luz
A veces soy la luz
Aunque a veces me canso de mirar fijamente la Torre
del Aullido
Mi pensamiento entonces es una red vacía
Un círculo de noche me vuelve luz de piedra
Un viento enorme rompe mi espalda contra el caos
Y me quema el deseo de proponerte un cambio en el oficio
Pero nadie me oye
Pero nada sucede
Mi voz es sólo espuma contra el viento.

(Cuaderno contra el ángel, 1987)

Reina del lodo

Tira tu tarascada sobre mi muslo
Hembra del jabalí

Que tus colmillos partan carne y trocen huesos
Que siguen esta sangre tan dormida

¿A qué sabe la luz?
¿A qué la sombra?

Traga todo mi infierno bestia oscura

Tus perros negros ladraron contra mí toda la noche

Mordisqueaste los belfos del caballo

Ensayé trinos con mi lengua
pero los puercos se alimentaron con pájaros crudos
(Aún puedo ver pequeñas plumas en tu boca roja)

Soy tu espejo oh maligna

Tu belleza pasmaba y hacía llorar
mas tu gemela oscura desenroscóse
del negro aliento de la Gorgona

He aquí mi muslo Hembra del jabalí:
tira tu tarascada.

Luego échate a dormir entre las palomas descuartizadas
Entre la sangre seca y los huesos de los muertos.

Ronca.

(Partes un verso a la mitad y sangra, 1997)

1951-1960

*Entonces llovió Jehová sobre Sodoma
y sobre Gomorra azufre y fuego de
parte de Jehová desde los cielos;
y destruyó las ciudades, y toda
aquella llanura, con todos los moradores
de aquellas ciudades, y el fruto de la tierra.*

GÉNESIS 19: 24,25.

*Aquiles a Héctor:
“¡Muere! Y yo perderé la vida
cuando Júpiter y los demás
dioses inmortales dispongan
que se cumpla mi destino.”*

HOMERO: LA ILÍADA.

*Cuando despliega toda su grandeza,
conozco a mi hermosa visitante;
¡Es Ella! ¡Sí! ¡Negra y sin embargo luminosa!*

CH. BAUDELAIRE

Socorro Trejo Sirvent

TUXTLA GUTIÉRREZ (1954)

Estela

A Fernando y Guiomar

No pude estar contigo tu último día
y es como si me faltara algo
Querida Estela:
¿qué química monstruosa
qué enfermedad sin nombre se robó tu sonrisa?
¿Dónde estás?
envíame una carta con tu silencio
o un telegrama sin palabras
para que sepa que estás bien
Y tú no sabes
 qué ganas de dormir y de llorar
 qué soledad en el ambiente
 qué cambiado está todo
Hoy te siento tan próxima
 latiendo
con tus azules venas abonando la tierra
Serás eterna
 en la raíz y el tallo de los sauces
Pero dime
 ¿cómo he de hablarte para que me escuches?
Me duele ser poeta

Mujer de luz

A mi tía Lupita Rincón Coutiño

Ya te has ido
te fuiste como soplo de aire en la montaña.
Ayúdame
a no llorar ninguna lágrima
a recordarte mujer de luz en cada acto cotidiano
a reconocerte mariposa
voz de marimba
girasol que sigue la elíptica del tiempo.

Dormida estás mujer de luz
bordadora de bellas palabras.

¿A dónde te diriges tan ansiosa?

Aquí tu casa se ha quedado sola
tan sólo en el recuerdo.

Este poema no es una despedida
ni tampoco un adiós
es un darte la mano
es abrazarte
es sentirte tan cerca
es sentirte que te quedas con nosotros.

El Chichonal

Se desató la furia por siglos contenida
El ruido gira en torno de la ciudad desierta
al animal herido
al campo lacerado.

Los pájaros sin luz caminan lentamente
algo les dice que nunca volverán a ser los mismos.
La tentación del vuelo
será un martirio mientras mueren.

En el arroyo el agua ya no canta
y todo ser viviente
inicia una marcha forzada hacia el exilio.

El día
abriéndose paso con aparente calma
sigue vistiendo traje oscuro.
Nadie asegura el sol del mediodía
porque la larga noche fue adquiriendo consistencia.

Y a veces me pregunto si la palabra ya no vale
porque después de todo la tragedia persiste.

Y es que hace poco
la noche muerte
hizo un festín macabro con piedras y cenizas.

(Las voces del espíritu, 1991)

Hay que apresurarse a vivir

Hay que apresurarse a vivir.

Mientras tanto
repaso las mil y tantas conjeturas
que me han dicho sobre la muerte.

No se puede hacer más que seguir así
Viviendo.

Vamos entonces a tomar al viento norte de la mano
para que le ganemos a la muerte.

Hoy quiero que te mueras

Vale más que te olvides y que me olvides.
Vale más que el recuerdo quede lejos.

Hoy quiero que te mueras
que te conviertas en agua
en aire
en piedra
en todo
menos en ti.

Vale más que te mueras
o que muramos
para decir mañana
ya no me acuerdo.

(Para decir mañana, 1991)

En el lecho de muerte

A Constance Weber

Juntos con la agonía del desahuciado
crece la sed de no mirarla.
La nombras
y sólo aparece su fantasma
acechándote desde el espejo.

Bajo las sábanas de la tristeza
danza el miedo,
clava sus ahogados aullidos
en el silencio de tu desnudez.

Tu corazón
–criatura traicionada–
es un barco de sueños
que en esa hora final
hace sonar –balsámico–
la savia musical que te embelesa.

(Antología poética, 2006)

José Falconi Oliva

TUXTLA GUTIÉRREZ (1954)

Ciudad en ruinas

Mece el viento pensamientos silvestres.

El Palenque de los pájaros agrieta
el silencio de la ciudad.

En el Templo de las Inscripciones
silba la serpiente, croa el tamazul, se abre una rosa

:concreción del alba

La ciudad emerge de sus ruinas

y se deja morir entre los huesos
de los primeros cadáveres del día

Te acicalo muerte mía

Todas las mañanas
(Pulimentados-encenizados-olvidados-huesos)
Derramado esperma sobre la tierra
¡Pulcra de dientes cepillados!

(Cercadas palabras, 1982)

Polvo de aquellos muros

En una casa de bejucos y de adobes. De muros encalados. Amanezco tendido en un petate. La casa huele a flores muertas. Flores crecidas de las fauces de un pez.

De porcelana azul.

Pez que nada en las tejas de barro.

¿Pesqué nada en las tejas de barro?

¿Este mentido pez es emblema de la muerte?

Salí del sueño que dio inicio en otro lecho. A este petate. A esta casa de bejucos y adobes. Salí ofuscado por las radiaciones del sueño. Salí escupiendo pedazos de otra realidad. Embriagado de frío y por resortes invisibles impulsado al polvo de estos muros.

La casa y sus ruidos crecen a los pies de una llovizna pertinaz.

En medio de la casa hay una mesa. De madera. De pino. En la mesa, un plato de peltre. Blanco. Con sus ribetes amarillos. En el nublado plato por mi deseo, quedan restos de comida sazonada con trozos de oscuridad. Aún guardo el sabor de esa comida.

La casa es pequeña y sin embargo tiene la distancia que separa al hombre de su sombra.

Me siento a contemplar el plato y sus migajas. Escucho pies descalzos sobre el piso de tierra.

¿Este rumor lejano, raíces que se hunden en el cerebro de un dios que defeca, será la muerte?

Piedras y mantra

La muerte también toca las piedras; las arrebató de sus meditaciones para sumergirlas en negríssimas aguas. Hundo mis manos y toco piedras que expiran. Han perdido sus densidades de lentos universos. Con lajas en agonía construiré la cama en que habré de reposar. Estaré atento a las distintas muertes de las piedras. Al morir exhalan el mantra que persigo.

En mis manos caben los fulgores de las piedras. Sus ferocidades de lunas atormentadas. Hay un mantra que apacigua tales violencias. Un mantra como viaje sin fin por las noches deleitables. Atravesamos muros arqueados por la muerte. Un mantra que disuelve nuestras más tibias carnalidades.

(Hueso mundo, 1998)

Es lástima tener que morir

A partir de las siete de la noche
florece tus cabellos.
Vengo de espantar las ranas
del tejado
y te hallo hirviendo en tu silencio,
soñando en que de súbito caes
en mi sangre.
Un poco de jardín brota de tus cabellos.
Hay un mínimo cielo en la ventana
y en la cama revuelta abrasamos
la noche
que otros han desdeñado.
Aquello que comen piedras
y escupen lava todas las mañanas.
A humo me sueñan los cascabeles
de tus pies desnudos.
Es lástima tener que morir
cuando ya tanto me arrimo a la demencia.

Nueces vacías

a Tony Karam

Como Cervantes me encuentro en maravilloso silencio
sepultado. Y no estoy para nada; sólo para sentir el
peso de mi sangre y el tiempo que siempre comienza y
vuelve a comenzar. De pronto un sonido de arpas, un
sonido que viene de sombrías vecindades con la
muerte. Ya la voz de don Juan –el de Tirso de Molina–
con palabras de hueso trágico: “Soñemos, alma,
soñemos, polvo ceniza viento nada...”

En el jardín observo microscópicamente los habitantes
invisibles que impiden a los árboles crecer hasta el cielo.
Ojos que miran desde un rincón oscuro, desde las
sombras. Leves pies que pasan desnudos sin posarse,
provocando música de doradas nueces vacías. Y en esta
oculta alquimia ¿qué de la manzana que soltó la Luna?

El Señor de la Esquina

A Dionisio Morales

Ha derramado la oscuridad que habito

JAVIER MOLINA

El Señor de la Esquina corre en la savia del universo. Larga fuga de formas enfurecen sus manos, se alumbra con sangre y en silenciosas aguas deposita sus venenos. El Señor de la Esquina da limosna con moneda falsa y entra a las cantinas con cortejo de horas muertas. También él está muerto y con el humo de su cigarro traza imposibles, delirantes personajes amarrados al terror de cada día. Todos se sientan en el piso del bar y el Señor de la Esquina da gritos, canta, bebe con ellos, se convierte en guitarra, cita a un poeta inglés:

Alondras y mujeres; entrañas y belleza efímera.

Él no puede imaginar su alma como una corriente en movimiento; su alma es un enigma y lo menos grato de un enigma es resolverlo. El Señor de la Esquina está pronto a caer en la más alta noche, en un cáliz de ámbar –se ofrece un leproso floreciendo en su insomnio– bebe un extraño nepente. Y derrama la oscuridad que habita.

(La manzana que soltó la luna, 1998)

Gladys Fuentes Milla
CIUDAD HIDALGO, SUCHIATE (1955)

Nueve

Hay un grito partido en el silencio de mi boca
hay rumores terebrantes que se agitan
inmensos como el bastón con que riges los destinos
que se inician al nacer y continúan con la muerte
en un tiempo de todos
en un lugar muy de nosotros

Marchan los días
marchan las noches con sus estertores continuos
en esta vida dolorosamente moribunda
flotando en la composición celular de mi carne y mi
esqueleto que me mantiene sin oler al viento que me
arrastra
sin la piedra donde cincele mi
amargura

con el corazón a punto de estallar en un respiro
y mientras tu risa es vidrio astillado en mis oídos
me siento caballito de mar en el desierto
barquito de papel con que tus dedos juegan

Te me niegas Dios cual sello de agua en los pulmones
y mis alas sin plumaje aletean tu contorno
donde pirata de este momento obtuso
me robas el hueco donde guardo un susurro

cantor venido de lo lejos

y es que la lluvia sin ti carece de humedades
y es que la luna sin tus manos pierde brillo
y es que la risa sin tu boca es una mueca

carcomida

¿en dónde coleccionas los ajedreces de las guerras?
¿en qué pared estrellas las plegarias?

Podría no tocar siquiera tu nombre en la memoria
pero uno es la necesidad que grita
e intento colarme en la hendidura donde tu razón escapa
en una historia sin fin que no tiene comienzo
entre las piernas de un Dios de quién sabe qué nombre

Un Dios que se nutre con la sangre de las penas
que no le importa que los muertos resquebrajen
con lamentos sus historias
y la vida sea un corto collar entre sus labios tiesos

Un Dios sordo a la sinfonía que se enhebra en la
cintura del océano
con la voz de los colonos de la región desamorada
a mi voz que es el canto de los muertos
a mi canto que es la voz de los desesperados.

(Para llenarme de silencio, 1994)

Veintitrés

A Rosa Livi

Te fuiste de pronto
como las grandes aguas
y este mar de sombras de ahogados

Ya no tengo tu guitarra restaurando
mis escombros

y la congoja dilata mis pupilas
no te extraño

–me digo–

pero haces falta en esas caminatas sin paraguas
en que odiabas la humedad de tus zapatos

¿Cuál constelación sorbió tus huellas?
¿qué vértigo rasgó tu vientre en cualquier esquina
de la vida?

tal vez regreses en forma de montaña
o seas la lluvia que ahora escurre sobre
los peldaños que bajo.

Veintisiete

a María Dolores

Todo es y nada ha sido
desde que te fuiste como destellos solares
cuando el mar los chupa

Pensamos en ti siempre
papá ya no conserva la tez morena
azul-gris es su melancolía
respira tu nombre
y flotas como suspiro que no vemos
en el faldón de su camisa
giras en el carrusel de la ausencia
que forma caballitos blancos
donde te paseas quién sabe dónde
y a qué hora
sin que tenga tregua la nostalgia

Y caminamos esta ciudad sonámbula
mientras borda con auroras tu añoranza
fabricando la soledad en su costado
recordamos
tus manos–palomas heridas de muerte
tu cuerpo–juncia hendida apenas
tus ojos–luciérnagas dormidas
tu voz–silencio perpetuo que lastima

tus oídos–refugio insonoro de palabras
tu corazón–campana rota sin acústica
tus piernas–faros sin luz en puerto de náufragos
tu alegría–espiga doblada en tiempo prematuro
tus cabellos–danzarines sin música de fondo
tu carne–brisa marina prisionera entre paredes

Eres tan de otras vidas
que la lluvia de sus ojos bautizan las raíces
–ni duda cabe–
no es mal lugar para un buen diálogo este cementerio.

(Cantos de amor y desconsuelo, 1994)

Canto quinto

*Quien tenga ojos que mire pues
tendrá de frente el rostro de Dios*

Por eso los que ahora habitamos este lugar
conocedores de la historia
escrita y dicha por la boca de los viejos
que tienen enterrados en la playa
el ombligo del abuelo de su abuelo
y moran desde siempre frente al mar
bautizamos a los hijos entre sus aguas
cuando el sol parte en dos al firmamento
y el hombre con su sombra es uno

Platicamos con el mar
–que no habla pero escucha
y cuando se exaspera tiembla la tierra
y el sitio es un corazón que se rompe

Antes de adentrarnos en él decimos
Madre y padre mar
dos en uno
fija bien en mí esos tus ojos
cuida éstas mis dos manos
éstas mis dos piernas
éste mi único aliento

Voy a herir con surco tu pecho
me interno en tu jardín de peces
en el vibrar mojado de tus carnes
por eso te pido a ti perdón
–digo
pido permiso
no me tronches con tu furia
quiero regresar con vida de ésta tu casa contemplar desde
mi puerta la verdosidad de tu vientre

Sabemos que en las noches de tormenta
cuando el mar cobra tributo
no hay quien nos proteja
sólo nos queda como recuerdo
un suave olor a rosas muertas
y el dolor de las mujeres que se compara
con el dolor del entuerto
su llanto es caja musical sin melodía
suya es la penuria
y los ojos abiertos al vacío
son una mirada de niño prematuro

Si una mujer pierde a su hombre
cuando la madrugada llega
finge que duerme
turuntunea los andares al baño
donde espanta los rescoldos
al desayuno que reclama la costumbre
enhebra las horas para formar el día
y el placer es una pregunta que nunca se contenta

Lo amado ya es del mar
–pero lo espera porque es un manojito
de mirra que reposa entre su pecho y en su
rostro una esperanza incierta lo imagina llegar
y tiemblan las aguas de su cántaro

¡Oh, si él me besara con besos de su boca!
porque mejores son sus amores que el vino

Y no son los vientos del norte los que la ponen triste
son los recuerdos como fusiles cargados
que le pesan sobre el alma

Dice la leyenda de hacia el más allá
nuestros temores ancestrales
porque que no sabemos a dónde van las almas
o si acaso son una mañana que no es de ellas

Se cree que las ánimas
son gaviotas que no vuelan y emboscadas bajo tierra
escuchan pasos que amenazan extinguirlas
y la muerte es diluirse la carne
para inventar nuevas formas
es el fosforecer de los huesos con que nos alumbramos
unos a otros para encontrar la trilla que lleva al cielo

En el pardo día fijado por la ausencia
todo es un manantial de asombro
porque ya no repica un corazón
donde anidaban las aves las flores y los credos

La congoja es membrete de los mudos labios
asustan los ladridos de los perros
y cuando la noche estalla se arrian velas en la mar
y pronunciamos sus nombres como si fueran salmos.

(Exordio de la mar y sus lamentos, 2000)

Clara del Carmen Guillén

COMITÁN DE DOMÍNGUEZ (1956)

Alcoholismo

Alguien llamó a su puerta
la llamaron
la ungieron con mentiras
pusieron a la muerte
como dueña de sus manos
de sus hambres
de sus sueños
y la hicieron su amiga.

Pero todo era parte de una rara vigilia
y sus ojos soñaban con las danzas del día
con el ritmo del viento
con una carcajada sin sentido.

Sus ojos despertaron (pero ya no eran suyos)
eran e cierta máscara mojada con la lluvia
que diseñó en secreto
aquel que llamó entonces a su puerta.

Me estás...

Me está desfigurando la sonrisa
el saber
que caminas descalza por la casa
sin hacer ruido
Muerte.

Me está desfigurando a contratiempo
el saber que te abonas a diario con mis miedos.
Y aunque existes
entre cada minuto que devoras
no quiero abrir la puerta de mi alcoba
ni invitarte a la mesa
Muerte.

(Bajo el peldaño, 1994)

Tras el designio

Entre el velo del ángel silencioso
y el exilio aflorando entre plegarias
designamos la vida:
Las alas se reintegran a su cuerpo
Avido cuerpo, árido, indeleble
jugándose el destiempo
en un punto neutral tras el designio.
Fuego cubriendo el tiempo que se esparce
en miles de partículas que afloran.
Es el principio y fin tras su destino:
Fuego ceniza tiempo
Retornamos al polvo
La ceniza es el fuego sin retorno.

Entre nudos ciegos

*Qué queda pues, entonces
sino el viento y sus historias
y nuestra espalda con su dolencia de estaciones
y unas ganas inmensas de retornar
quién sabe a dónde*
JOAQUÍN VÁSQUEZ AGUILAR

Hay muertes que se fijan a tu espalda
a tu dolor constante enajenado.
Espejos rompiendo el equilibrio.
Muertes gestándose entre nudos ciegos
creciéndose a tu lado palpitantes.
Son escribas del tiempo sosteniendo el recuerdo
huellas a la deriva de los sueños.

Tu campo está minado

Uno a uno se construyen tus caminos
perfectos se definen.
Imposible negarles nuestra dote.
Muerte:
Admirable señora de los tiempos
de mis merecimientos desearía
aislarme de tu juego
deshojarte esa fuerza
desahogar el alfil para vencerte
inútil
tu campo está minado.

Desde el acecho

*Hoy he visto
que sólo llevamos el peso
de un puñado de polvo en la piel
y un parecido a vidrio...*
CIPRIÁN CABRERA JASSO

La voz se multigesta inoportuna.
Ave en dolor agónico
torrente desatado entre la angustia.
Agonizo
Cada minuto es mohín de tantas muertes.
Siembra el tiempo flores de temporal premeditado
huellas a la deriva.
Tus manos no existen
te recreado sin ellas y sin lengua
no creo en tu inocencia devoradora del tiempo
ni cómo detenerte.
Cómo ir junto a ti
si un camino me encuentra y otro cae.
No quiero asirme a ti
este cuerpo me duele de tan blando
que fácil se doblega
qué dúctil.

Con cinismo te adhieres para volverme polvo.

(Nocturno para despertar desvelos, 2005)

Marirrós Bonifaz

COMITÁN DE DOMÍNGUEZ (1957)

Vi a la de blanco

Un águila en pleno vuelo extendía las alas sobre sus ojos
provocábale olas sobre la frente el aire
sobre el pelo apacible
y tenía puesto un rosario en el cuello y la otra
un collar doblemente anudado
de perlísimas blancas como sus ojos agua

Aparecieron flores en su vestido un anillo
en la mano derecha un lucero en la izquierda
y al hermano moreno de lustrosos bigotes
el reloj le colgaba del pecho
le ocultaba en la bolsa del tiempo.

Una grieta surcaba la roca
unía la borla la boca del niño pequeño
los dedos curvados la frente un gruñido
el pelo muy rubio
en el blanco vacío.

¡Dónde estás? –me decían–
¡Dónde estás?

Como el árbol que crece hacia el día

Y los siete quietud se mecían

Un acorde gitano unas palmas
de la puerta cerrada salían
un hilillo un murmullo
y la puerta radiante se abría y cerraba
y un bosque bruñido al espejo bronceado mostraba

Parece de acero decía mirando ese rostro
parece de cera decían mirando esa gran palidez
el nudo en el cuello el muro
el anzuelo
la líquida faz al pañuelo

aparecieron rojos
azules y negros
violetas violentos
heridas despojos

Sólo yo lo miraba.
La puerta en el centro
la ausencia en el límite
el salto al vacío
el rostro enlutado
los ojos muy tristes
el traje sencillo.

Volví al pie que se prende a la tierra por el hueso volví al pie

que provoca la sombra como una manta suave
y emerge de la tela como la mano emerge.

A la izquierda una bota se planta anudada
A la izquierda dos botas
la punta que brilla
una clara una oscura
caminan

Parece de seda –decían mirando el entierro–
y el rostro era verde
los ojos muy rojos
la boca un antojo de Lucas Cranach.

(3er. Festival de Escritores Chiapanecos)

Mater muerte

Mater muerte
madre de la razón ausente
más blanca que una herida
en negra frente
más blanca que los huesos
más roja que los besos
más ventana que la luz
y más casa que ventana
y más cárcel tal vez
más continente
de esta Forma que soy
al no ser Nada.

Madre Luz Madre Paz Madre Alborada
voy a pintar mi casa con Tu Trino
voy a embriagar mi corazón al verte.

(Preludio y flama para un amanecer, 1991)

Bash número 1

...El hombre, cuya pena llevó en los ojos hasta el canto, tomó un poco de barro y cuando lo supo, estaba modelando un gran caparazón con cuyas cuerdas noche trasnoche lloró serenidad bajo la luna. Dio en hacer muchos de ellos. En el barro, cada vez que introducía las manos para borrar los bordes interiores y salía después a la ciudad, toda calle era realidad y redondez de mundo. Después del primero, al que pulsó como a la “vina”, hizo uno más al que guardó en su casa y luego otro, y otro, tantos, que fue y los echó al mar.

El mundo estaba en llamas. Carbonizados los bosques, los que vestían ropa de tortuga y cuya cabeza gran caparazón la protegía, se daban muerte unos a otros, ocultos en tanquetas de apariencia lenta.

Solo el hombre pulsaba aquella concavidad bajo la luna...

(Compás, 2002)

Uberto Santos

CHACHÍ, VENUSTIANO CARRANZA (1960)

Para llorar a solas

(Fragmento 1)

Ponerse triste
porque alguien se muere
es estar llorando a lo bestia,
porque de algún modo tenías que morirte,
viejo de tanto amanecer en tu cigarro,
de tanto despertar camino y sin el vuelo

A cada instante

eras el sabor amargo en mi boca,

mi aburrimiento,

mi dolor siempre

(Fragmento IX)

Hace unos días
se te soltaba la lengua saludando

No hace mucho yo mismo te miré cargando la cosecha,
clavando fuertemente tu azadón
y visitando, sonriente, pajarero,
los burdeles

No entiendo
cómo se te pasó la mano, ¡Dios mío!
y sin pensarlo demasiado
lo tumbaste

lo acabaste

(Fragmento XI)

Sepúltalo, viento
hasta llorar las alas que no tuvo

Sepúltalo
y dile que el corazón que aguarda no le pertenece

Anda
no tengas miedo
¡no seas mierda!

Sepúltalo ya
para encontrarlo mañana en otro vuelo

(Fragmento XIII)

Abuela:

Tal vez muriéndote –como mi abuelo–
acabarías con mi pena,
con el aburrimiento de estar oyendo tus quejas,
tus lamentos
y tu terca maña de ponerte triste noche a noche:
aquí,
donde el cuarto huele a caricias y a regaños,
donde la rabia mastica polvo
y la prisa me sacude como una hija de puta;
aquí,
donde me dueles tanto y te quiero tanto abuela,
como para enterrarte un rato
y sentirme después
como quién sabe qué pendejo

(Fragmento XXII)

Siempre he hablado de mi abuelo

Y hoy
alguien me ha dicho que ya no llore,
que ya no me aflija
porque no es más que una tontería

Abuelo:

ahora sé que te inventaron una muerte,
y tu muerte no es más que una puta pesadilla,
un largo sueño donde anidarán tu voz

y tu piel

para siempre

Ahora sé que no te has ido,
que nunca te irás durante todos los siglos

Ahora estás
más cerca de nosotros

(Fragmento XXVII)

Tu muerte fue un zarpazo sobre todo,
un revolcón que con trabajo nos paramos

Si lo supieras
de qué color se nos vistió la casa
te volverías a morir,
de plano

Ya tu carreta se quedó sin bueyes
y la parcela donde siempre amanecías
se fue poblando de ishcanales

Cuando regrese de la milpa, viejo
te llamaré para seguirte platicando.

(Para llorar a solas, 2004)

Roberto Rico

CINTALAPA (1960)

En la curva de un río color de yodo

Sirva la arena del islote
para curar el calosfrío.
Borre el pus alojado entre los iris
de los niños espías.

Hace tiempo una joven
gitana restregaba allí su valladar pubendo.
¿No fue la vez aquella en que perdió la
compostura el río?

Apareció tres días
con sus noches después,
trabada en el horcón de un guanacastle.

Desnuda, la cerviz
fuera casi del tronco,
trajo consigo la creciente más ancha de las habladurías.

*Nutrimiento de Lázaro**

Láctea penumbra, Lázaro de amianto.

LUIS CARDOZA Y ARAGÓN

Sirve a dos amos la serpiente.
La cobranza es con creces concordante.
Reptil artimañoso, distrauyente
rabo da por pezón al crío
mientras de la mujer se nutre. Mas
del ofidio se vale la nodriza
para enramar, al cruce de su nado,
la pectoral tintura del Grijalva
y ofrecerse al embrujo en madrigueras
donde perdidas ánimas cultiven
carnosa remembranza de astillero.

Autorretrata Lázaro
su niñez. Rebanada
luz primera en segundo molde,
sombra en canal abriéndose a repaso.
Con franqueza rayana en lo cortante
retira la envoltura
de un árbol, a sabiendas de que la savia
es placentario
cordaje donde abreva el polvo,
claroscuro somero en la madera.

Colactáneos, el crío y la serpiente

repiten a hermanarse en la navaja
que afila en astracán de nubliselva el canotaje
de su cuarto creciente.

En ires
y venires noctívagos, la tercia
cambia de piel.

Abre los ojos Lázaro:
cunataúd mecido por las aguas
volubles del oxímoron.

La muerte
se suministra por sí sola el susto
de curarse vital espanto.

(Nutrimiento de Lázaro, 2000)

*Compuesto en homenaje a Franco Lázaro Gómez (1922-1949), grabador chiapaneco que pereció ahogado durante una expedición a Bonampak. Entre sus obras mejor conocidas, sobresale la xilografía "Leyenda del cincuate".

Fosa común

Envueltos en jirones
de intemperie,
sumidos en la bóveda
palatina de un ángel sordomudo,
guarecemos la carne irresoluta
como pirámide alentada en barro.

Un yerro de celeste esgrima
nos articula. Somos lampo, tarda
persignación apócrifa;
una doctrina maquinada
por el brío arborícola de un hombre
clavado en posición fetal a su madero curvo.

Tallado entre las cuencas
encaradas al astro filicida,
pervive, feligrés
abreviatura, el signo de la interrogación cerrada.

La silente comitiva

Desconocemos el lenguaje que espera de nosotros.
Ignoramos el punto decimal donde se apoye nuestra
hondura.

Sabemos cómo atesorar el reverso carbónico del nardo,
articular en tono comediante las trágicas palabras,
paródico sinfin de su pesquisa.

Flama neutral ante dos cuerpos,
la moribunda sueña
que necesita camuflarse. No tiene cerca nada
sino la Ley de Gravedad y el miedo.

Trifolio por Isabel Rico

A mi padre

I

Tú la viste caer, oíste
latir por último mellada pulpa,
como el reloj más próximo a lo eterno
que haya podido retardar el alba.
Tu piel sintió la suya;
su sangre ya reseca le rotuló a tu tórax un tatuaje,
una armadura sensitiva, un peto
doloroso, atizado por las espigas del sereno.
Tu torso fue el final arriate
donde hubo de dar sombra su fibrazón desarbolada.

II

Puño, terrón bajo el mantel de luna,
su ceniza incautada en el jardín,
junto al semiarco de una palmareca,
reflorece durante agosto en forma
de intermitentes luces de bengala.
(Me han dicho que así pían los retoños
malogrados del ave carpintera).

III

No prejuzgues lunático el influjo
si al alimón pregunta nuestro ensueño
de qué tanto y con quién, a medianoche,
ella platica en un dialecto de flamboyán efímero.

(La escenográfica virtud del sepia, 2000)

Roberto Chanona

TUXTLA GUTIÉRREZ (1960)

Enterré mi cuerpo...

Enterré mi cuerpo
con los tulipanes
y me vine llorando
por el camino;
la ciudad es amarga como la savia.
Qué será de mi gente;
de “don” Pedro,
de la Faustina,
de la posolera, 1
sólo las lombrices lo saben;
el silencio se derrumbó
sobre el jardín.

(Recueil de poèmes, 1984)

In memoriam

A mi padre Carlos León Mendoza

Del arma apenas disparada
El gatillo del fantasma
entre la bruma más densa de mi cuerpo

Guardo la mañana
con el caminar cabizbajo de mi hermano
la edad en un cuaderno
y las mejillas de la luz
atravesadas por tu muerte

Te perdiste y me perdí
a dos pasos del muelle solitario
Me sumergí en los alcoholes
en las alucinaciones de la razón que
seca la boca al que la prueba
Los exiliados de una tierra dorada
me cobijaron en sus arcas vacías:
soy vuelo dormido y espejo de
esa felicidad posible

Salgo pálido del ojo de la madera
Alguna vez fui territorio
río nube nieve que cubrió el jardín
y la voz de un niño que te dice

viejo navegante de iras
inventor del aislamiento
protector del hielo
antiguo cazador de garzas aferradas
a su vuelo
al equilibrio de tu barca fúnebre
como tú.

El enfermo

Hora solitaria
galopa en yegua salvaje
lejos de estas paredes del miedo
galopa corazón abierto
más fuerte
más presente
la mancha en el piso
un olor a estaño hirviendo

¿A qué imagen encomienda su alma?
¿Qué soledad de blancos pasos escucha?

La costa comenta la noticia

Eran jóvenes
buscaban la rosa del mar y pescaron
por engaño
la muerte

El asesino se quitó la ropa
los peces asistieron al luto
de las gaviotas

En la noche del matancero
solos quedaron los cuerpos.

Solenia

He esperado en la vigilia
atento a tus señales
y es a la hora del sueño
que incendias los pálidos labios
la oscura habitación
el tibio lecho de esencias y aceites
con colores vivos

Te busco
con la certidumbre de no encontrarte
¿Has pensado que a la piedra
también le gustaría ser abismo?
Entretanto hermana silenciosa
donde maduran los frutos del consuelo
gano horas de ausencia

cada día

La vida de equilibrista es muy difícil:
sin el vaso lleno de precipicios
sin la puerta que lleva a otra puerta
sin los espejos que me engañan diariamente

fuego eleva mi cuerpo
mi alma espacio negro viviente

Tanta agua cayendo
Tanta sed en la boca que le canta
La lluvia es tersa pareja en gotas
a la luz de los relámpagos.

Ellos

El sueño en el estanque juega con la luna y las imágenes escapan a su suerte: perfil de pasos sobre piedras nocturnas, hogueras donde la imaginación danza a los pies de la lujuria. Detrás de las puertas, las mujeres rezan a sus muertos. Sus lágrimas caen en las heridas del viento.

Pienso en mis próximos cuartos.

Oigo sus caballos.

(Toda arena espuma, 1991)

1961-1976

*Y el mar dio los muertos que estaban en él;
y la muerte y el infierno dieron los muertos
que estaban en ellos; y fue hecho juicio de
cada uno según sus obras.*

*Y el infierno y la muerte fueron lanzados
en el lago de fuego. Esta es la muerte segunda.
Y el que no fue hallado escrito en el libro de
la vida, fue lanzado en el lago de fuego.*

APOCALIPSIS 20: 13, 14, 15.

ANTÍGONA

*Creón: ¡Venga, venga ya la muerte,
la más hermosa muerte,
la que me aparta el día final
a mi desgracia, bien sin igual...
venga, venga! ¡Que no vea yo
la luz de otro día!*

SÓFOCLES

*No quiero que le tapen la cara con pañuelos
para que se acostumbre con la muerte que lleva.
Vete, Ignacio: No sientas el caliente bramido.
Duerme, vuela, reposa: ¡También se muere el mar!*

F. GARCÍA LORCA

Israel González

CHIAPA DE CORZO (1961)

Muerte sola

Mi muerte no cerrará
las casas comerciales
ni las oficinas
ni los bancos
ni los mares de semana santa

Mi muerte pasará como la del mendigo
la del homosexual y de la prostituta

El obrero cumplirá su fatiga
El campesino su impotencia

Mi muerte
sólo tú madre
conocerás mi muerte.

A mi madre enferma de no sé qué

A ti no te van a querer
más que los gusanos
el día de tu muerte

No te van a llorar
más que los pájaros
y los muebles

y los hambrientos como tú
que llegaron un día
a quedarse contigo

A ti no te van a extrañar
más que el lavadero
la cocina y el suelo
y tus ropas descoloridas

A ti no van a extrañarte
más que yo

Pero qué bueno que te mueras.

(Nueva poesía chiapaneca. Antología, 1983)

Él

Ahora
sólo quedan sus ojos
Eran ojos: son cuencas
ahora

Pero no se lamenta
Más allá
del espejo:
¿dónde está el que era?

Sus ojos: dos puntos
oscuros

Sus ojos: no él
Él era

Ahora sólo
queda algo
que no él

Él era
Sus ojos
no quedan.

(Adán sin paraíso, 2000)

Obrero en huelga asesinado

(Una fotografía de Manuel Álvarez Bravo)

Parece que posara
para una fotografía surrealista.

No es así.

Una bala rompió
el frágil equilibrio de la vida
e inclinó
–de una vez y para siempre–
la balanza.

La sangre de verdad cubre su cara
y mancha –sin que nadie
pueda detenerla–
el círculo redondo de la vida.

La condena

Acércate a la médula de la vida.
Transita por sus calles.
Convive con sus hermosas
y con sus horripilantes criaturas.
Comprenderás que todos sus caminos
conducen a la muerte,
que todo afán es vano,
oscuro y sin sentido.

Pero permanecerás, pese a ti:
amando, luchando, fornicando.

Es la condena.

Duda

¿A qué edad
se empieza a envejecer?
¿En qué momento
el cuerpo se retira,
se guarda,
se sepulta?

La puerta falsa

Cruzó la puerta falsa
porque después de tocar
todas las puertas
fue la única
que encontró
abierta.

Muerte

Quedéme, pues,
con tu cadera en las manos
mientras tu calavera
 huía
riendo a carcajadas

(Sólo 8 poetas. Antología. 2006)

Adolfo Ruiseñor

TUXTLA GUTIÉRREZ (1962)

Memoria de los días

(Fragmento XI)

Dejarse
morir en las orillas del mundo
y ser el rumbo
el territorio donde el aire
esconde su misterio de oruga
ser tan sólo el gesto
la indolencia de las manos
y no ser sino la duda del alba
la huella abandonada al pie de la mañana
un largo dolor en las pupilas de otoño
 Porque hemos sabido
de las mordeduras del sol
de la niebla entre la piel
una tarde gozosamente desnudos
entablado combate
con los perfiles del siglo que habitamos

Dejarse
primitivamente reconocer el amor
el corazón junto a la fluorescencia de agosto

y escrutar
la voluntad a la mitad del mar
y volverse atrás
hacia el velero perdido
encallado en algún océano de la memoria
y no creer
en la tardanza diaria
en la sentencia invariable que nos hiere la espalda

Dejarse
morir porque no tiene remedio el mar
ni sitio el corazón que buscamos
Porque hemos crecido
debajo de la tierra
escondidos de los astros
debajo de los días que vivimos soñando

Dejarse
morir entre los dientes de una gran ciudad
que dice no
que esto definitivamente
no es posible

(Memoria de los días, 1984)

Y, ¿por qué no?, para mí

Todo lo que amas muere
muerte
vuelve presurosamente hacia su cauce
Acaso no haga sino tomar su cifra originaria
su razón exacta de miedo

Cada mirada guarda su arrepentimiento
cada pronunciamiento su color propicio
su gris superlativo

Todo lo que amas olvida
desaprende
marcha repentinamente a una ciudad sin hilos
sin telegrafía propia
donde no cabe más su nombre
Después alguien correrá
el telón citadino de los días
y no creará que sobrevive

Todo lo que amas muere
en el terrible silencio
donde el amor se verifica y estalla
en palabras extranjeras como sombra
de lo que fuimos antes

(Poetas jóvenes de Chiapas. Antología, 1996)

Nada sabemos de la vida

Nada sabemos de la vida
El día nos confina en la materia que somos:
Pianos sordos boca abajo en la arena
Un dolor medido por un oído ejercitado

El minero agita su dicha de polvo
Bajo el estruendo de la melancolía
¡Sueños recién resucitados
Nos repudia el tiempo!

¿Y cómo está hecha la vida
Qué teoría rige su vuelo?
¿Dónde aprende el impulso que la eleva
La fragancia en que se precipita?

No es la muerte la que nos derriba
Ni la seca estación de invierno
Para templar este alambre
Este rostro que nombramos vida

No conocemos los hechos de un mundo
que nos niega
La noche sólo es la noche
Brisa de una isla que nos sueña
Para la combustión de esta página
Nada sabemos de la vida

La muerte nos escupe sus frutos
Cabalga en el aire
La uña pálida de la desesperanza

(1er. Festival de Escritores Chiapanecos, 1991)

Noche

*Para Ricardo Cuéllar, naciendo en
el olvido de sí mismo, año 1983*

Muerte perezosa rozando labios
Bajo el don de su gozo
Humedad y miedo detrás de la silla donde escribe
Lo que su mirada oblicua arranca
A las tenazas de la noche
En preguntas que no esperan respuesta
Flores frías espejos rotos tupidas enredaderas
En la boca de la mesa donde escribe
Con lápices romos

Ritmo de máscaras relieves que exhalan calosfríos
Aves negras cuerpos fugados de la oscura luz
La muerte hila túnicas de sensualidad apócrifa
Espirales de rabia donde escribe
Demonios heroicos desdichas
Lentamente deshojadas
En donde escribe esforzadas columnas de humo
Para que la Nada sea Todo
Y la recta sonrisa de la Noche lo devore

El cuerpo que pende

*La desnudez impúdica, la lengua que salía
y alto mechón en forma de una cresta de gallo
dábanle aspecto bufo, y al pie de mi caballo
un grupo de arrapiezos holgábase y reía.*

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

Del tronco seco y agobiado por el nudo tiempo
Refugio ubicuo de negras y aladas sombras
Ya sin brillo y acaso sin mente
El canto de los cuervos cubre
De azul quietud y torvo silencio
El cuerpo que pende

Bajan andamios de aire para el dispuesto
Gotas de rocío lamen la faz del descalzo
Morir es una fiesta innombrable
De la que se abjura furiosamente

¿Y si el ahorcado
Enamorado de la lengua cuerda
Surcada por hormigas que mastican
Trozos de eternidad rampante
Diera por bajar de nueva cuenta a tierra?

¿En qué plaza conversará
Sin ser molestado?
¿En que avenida prolongará
Su cruenta danza?
Golpes de caballería incendian espléndidamente
La noche propicia para el cajón avaro
Asila las huestes del ungido
Polvo y mueca ya
De su solar nativo

(Tinta vida, 1999)

Elda Guzmán

TUXTLA GUTIÉRREZ (1962)

Placer y muerte

Hombre-serpiente
gusta de frutas silvestres
y manzanas rojas.
Lleva en su paladar
placer y vino.

Sobre la muerte
ha muerto muchas veces,
pero esta vez
sus restos lloran gusanos.

(Al canto de la imagen)

Danzando con la muerte

Ondulo en tu vientre
Danza húmeda
como río serpiente

Agua-luna tus caderas
descanza entre selva;
árbol, hiedra.

La noche resbala
por tus muslos,
gotea entre mis piernas.

Savia-miel,
licor de almendras,
desmayo, muerte.

Recojo el cansancio
de mi cuerpo,
de mis vértebras,
y hago maletas
para otra instancia y otro lecho.

(3er. Festival de Escritores Chiapanecos, 1995)

La muerte llama

En mis vértebras
la muerte toca
dejó su tumba
para habitar mi cuerpo

Desde hoy es
cama
sábana
lámpara
y congoja

Soledad entre mis brazos
como plomo
es mi dolor

Mi cuerpo cae
entre cruces
oquedades

Ahí
donde la muerte es única
y el silencio también

Delirium tremens

Sé de gatos
que rondan casa de luciérnagas
que en vez de ojos tienen brasas
que atizan dragones dormidos
que despiertan con la lengua encendida
y en sus bocas el sexo

Sé de quebrantos que el placer provoca
y me agrada morir
en el desorden oscuro de las piernas
en pozos donde habitan peces
que mueren estrangulados diariamente

En mi cuerpo se desnuda el a l b a
y despiertan b e s o s rojos conmigo
Refugio la conciencia
en el silencio
y en vez de m u s a s
veo m e d u s a s en mi cama

Sé que la muerte se aproxima
y en mi delirio pasional
desnudaré las tumbas
beberé de las fosas de las muertas
el vino de la v i d a
que es el s e x o

(4°. Festival de Escritores Chiapanecos, 1997)

Eduardo Hidalgo

HUIXTLA (1963)

Él

(fragmentos)

Y es que realmente va siguiéndoles el rastro
late la piel solitaria que Él tiene
aterida
adherida
a la herida
que circunda su cuerpo
Late la piel de Ella
retumba
resepulcro de sus huesos
y comprenden que la Muerte va entrando
con sus torpes pasitos de anciana insegura
para hacerles decir
las palabras
que aún no han aprendido

Hace horas que sus ojos inventaron
la luz de las farolas
ahora el tiempo rasguña el ombligo de esta noche
coloca una cesta en las aguas del sueño
y el mimbre se asombra con la cabeza adentro que
al fin rueda
rueda
rodando

Pero se pierde
Color y dirección y número
todo está escrito allá en su memoria
Llorando hacia adentro sus polvos de tristeza
espera una señal
una mano conocida que lo lleve
al lugar donde yace
con todas sus luces apagadas

Me niego a dejar de hablar de ti

Como si de un poema se tratase
cada noche regreso y retrabajo lo dicho y lo callado
Obcecado deseo de ese dedo que hurga la herida
hasta hallar
otra voz
el dolor nuevo
húmedo
impúdico
altisonante quejido que hace eco aún a lo largo de mis sueños
aquí me sacan sangre
allá vivo en otra casa
en esta pesadilla pretenden consolarme con hermanos y
hermanas que merecen mis ojos
pero no es lo mismo
Ella está muerta
Entiéndanlo
Es Ella quien me duele
y si alguien más se muere lloraré
me dolerá más o menos pero ahora
quiero llorar aprovechar la muerte
de la mejor manera
desde acá.

(Eco negro, 2002)

La silla en la que no

a Joaquín Vásquez Aguilar

Tiene sus ventajas
llegar con una
rebanada de viento,
sin rebote,
casi nada interpuesto.
Es una invitación a ir y cortar.
No “¡Corte! ¡Corte! Se imprime”,
no:
cortar
no seguir;
caer
y llevarse la imagen,
desde abajo
allá:
la silla en la que no estás sentado.

Viene de antes

(Fragmento)

Ella propuso hacer algo con respecto
al sueño al que yo soy en su sueño
hagamos tiempo
 mientras mostraba un gran reloj inmóvil
hagamos tiempo
 mientras los niños crecen y el amor no se apaga
hagamos tiempo
 creo que lo merezco

 mientras tanto
nuestras tumbas empezaron a cavarse
una a la otra

(tiempo)

(Viene de antes, 2006)

Gustavo Ruiz Pascacio

TUXTLA GUTIÉRREZ (1963)

La tumba que aguarda el poeta

VII

La tumba que aguarda el poeta
es una lenta ocasión para el delirio.
Encrucijada al borde del letargo,
la barra justo al pie de la gimnasta.
De lo inaudito a la pericia del halcón,
que inclina en el índice corpóreo de su anuncio
la franca acometida de la muerte.

Hace buen tiempo para la muerte

*Vivir no es necesario
navegar, sí*
POMPEYO EL GRANDE

Hace buen tiempo para la muerte
para las alas hinchadas de los siglos
para los dedos vacíos de lo cierto.

Cada mil años
una mujer sin nombre nos pregunta
nos busca nos observa
desde su icono medieval sibilatorio.
“Somos la luna sobre la pendiente,
la luz que viene rodando”.

Ahora se me atraganta la manzana.
Ni ojo ni pupila ni sol de mediodía
apenas ligero balanceo.
“Soy un improvisado gladiador sobre la arena”.

Hace buen tiempo para la muerte
para el océano tantas veces franqueado
por sombras patriarcas y aprendices
para el mar color del sacrificio
de sacras guerras floridas.

Cada mil años
una pasión nombrada nos pregunta
nos busca nos observa
desde su talla perfecta y barroca.
“Somos el acróbata
el vuelo onírico del ahorcado”.

Ahora se esparce la noche.
Costilla faltante
Madre de todas las cosas
Ave del guerrero
Espejo de mí
es vuestro turno.
Adán recupera el paraíso.

Hace buen tiempo para la muerte
para los pies carcomidos de salitre
amontonados cualquier día del siglo
para los huecos de las manos ciegas
alumbrándonos.

Cada mil años
una muchacha regordeta nos pregunta
nos busca nos observa
desde lo más alto de nuestro cielo
y se pone a danzar en contrapunto
el viejo ritual de la fatiga.

Ahora
se extiende mi lecho.
Sobre esta isla horizontal
otros vigilan mi sueño

designan los espacios
“estoy en el rejuego de un carnaval de castas”.

Hace buen tiempo para la muerte
para los corrales donde brota la *amanita*
phalloides
para la boca del cuáquero que sonríe.
Cada mil años
un febril mimo nos pregunta
nos busca nos observa
desde la calle mayor de una ciudad
con blasones sin nombre.

Ahora
se balancean tendones de hidalguía
En mi saliva
En los pasillos que habito
En la esquina de las muchachas con sol.
“Soy un durmiente después de la función,
y agonizo”.

Bosque del sur

XII

Por la cripta donde reposa el fuego de las luces
Por el salmo que arremete y sentencia
su vocación mortuoria
Por la espuma del profeta que babea
más allá del paralelo
Por el golpe de bastón sobre el cuello del justo
Por la lanza y su sangre de centuria
en manos de Longino
Porque no he de levantarme jamás en tierra de vivos
Porque cien mil varones planean mi sepulcro
Porque cubro mi cara y arden mis cabellos
Porque a cielo abierto La Patria grita:
¡Vive, a pesar de que se va derramando
tu sangre, vive!

(El amplio broquel de la melancolía, 2001)

De la sombra

Abatida por el destino de la luz,
cae la sombra como plural espina,
sobre la masa: cúmulo de adversidades,
acervo de nuestra catadura,
la sombra impera.
Arrinconada, hipócritamente afable,
nunca en su rostro diáfana.
Atento comensal,
conversa con nuestros anatemas
y nuestras certificaciones;
impulsa bocetos cotidianos
y desanda las horas estelares;
fustiga las manos novísimas
y deambula displicente en el desengaño del réquiem.
Fulana de la vida, mercenaria de la muerte,
cae la sombra como plural espina.
Con su desliz de fiesta, cae y la asombra,
feroz, desafiante,
con la única fortaleza que le asiste,
en las yemas de la sustancia.

De la muerte

A la muerta hay que dejarla vivir todos los días.
Con necedad, hay que abonarle la tierra del camino,
para que el agua vista sus raíces.
Con decisión, hay que marcarle el tallo hasta las nubes,
para que pruebe las crecidas ráfagas.
Con equidad, hay que soltarle a veces las amarras,
para que crea en la libertad y nos la cuente
Porque la muerte sola no puede.
Por eso tiene que aferrarse a un madero,
a una montaña provista de aliento
o alguna resaca teñida de labios.
Así las cosas, con ella hay que afinar detalles:
Ser bondadoso,
para que no se rebele cuando no se le permita un paseo.
Ser accesible,
para que lleve las cuentas de nuestras obsesiones,
y ser implacable,
para que llegue a tiempo, siempre a tiempo.

(El equilibrista y otros actos de fe, 2000)

Máximo Cerdio

HUIXTLA (1964)

No recuerdo nada

No recuerdo nada
me duele el cuello y la cabeza
tengo cáscaras de sangre
en los labios
Hay un cansancio
que me anda por los huesos
Yo sólo veo el cable
de alta tensión que revienta mi cerebro
y chicotea
después
alguien desconecta el interruptor
y el tiempo pasa sin registro
No hay más que un adormecimiento en las manos
en la cara
como aviso
Por eso me arrastro
No ha de sorprenderme de pie
Madre solía decir
que cuando la enfermedad me atacaba
yo era un pedazo de plástico incendiándome

Si tu sombra

Si tu sombra
horizonta por los muros
si no vas con la memoria
apuñaéndote
podrás darte cuenta
cómo
se multiplica la gente en tu cerebro
Acaso pienses
que conoces ya
estos sitios
cada
cuadro
cada
movimiento de la calle
hasta la esquina
salpicada de sangre
en donde te mataron

Están cayendo objetos de la noche

Están cayendo objetos de la noche
cae un color rodante
un
ojo
con los nervios desprendidos
cae una lengua amoratada
retorciéndose
está cayendo un tacto
en un cristal reblandecido
cae una oreja
y se enreda en la caligrafía de un pentagrama
Están cayendo cosas de la noche
las arroja un muerto

Animal

Tengo un animal adentro
que halla un placer indecible
cuando se come a pedazos
mi sombra al amanecer

Va recogiendo mis pasos
para que ni yo me encuentre
y me corta las palabras
cuando quiero protestar

Golpe abortado
botella hundida
con un mensaje
que nadie encuentra

Así es la bestia que vive
así es la bestia que muere

No para de llorar

En el tiempo más largo del segundo
cae un ojo
en la honda noche

Tactos van a medio intento
resbalando en paredes inclinada
en muros sin borde
en escaleras horizontales

Tú no paras de llorar
como si algo se te hubiera roto
Tú arrojas palabras como anzuelos
pero
ya lo deberías saber
hace mucho murieron tus respuestas

Afuera asciendes gotas
de vacío
Un rayo con la garganta herida
se suicida
al filo del color
y tú no paras de llorar
como si algo adentro se te hubiera roto

(Ascensos en caída, 2002)

Mario Nandayapa

CHIAPA DE CORZO (1965)

La muchacha del calvario

Resplandece noches
en su luminosidad –tiembla
por mi viaje
sabe qué noche moriré
¿cuál?
cuando se encuentre llena

Comparto un temor naciente
Comparto un fino secreto
de mi rumbo
en ramas de un árbol
crece
en el centro
del corazón limpio

tiembla

La muchacha del calvario
sabe qué noche moriré

A piel de venado

A piel de venado
transitan en la villa
sus tristezas y sus amores
sus triunfos y sus calucas
tritutados
por la muchacha del calvario
boa volátil
melliza de la locur
madre de los nueve jaguares
que han de matarme

Lejos del cuerpo

Mi cabeza fue enterrada
entre salitre y dulce agua
donde se sabe del eclipse
ahí mi cabeza es un tejón
después de la manada
Soy la certeza de la muerte
Lejos del cuerpo
Lejos del hoy cráneo
Lejos de la manada
Lejos del rumbo
Lejos del vengador
Que me entierra separado
Que me quita la muchacha del calvario
Que me hace inmortal
Que me pierde
en un pueblo que no soporta
muertos en la calle
En ese río navego
En ese río sin geografía
En ese río mi barca
se llena de jade imperial
De amaneceres de la ribera
De los proverbios de las ruinas
Ciudades de templos sobre templos
De tu olor que no olvido
Sin él
No emprendo el viaje

¿Oyes crecer el viento que abre las lluvias?

Mantengo firme el timón
Mantengo el corazón limpio
Sin anclar
En el puerto del frío
Viento inmóvil del paso
En el puerto del jaguar
Hombre en celo bajo la luna
En el puerto de la oscuridad
En el puerto del murciélago

Y mantengo firme el timón

Sin imaginar
a los habitantes del caudal
Hombres de vasto sombrero
Mujeres que lloran
Pretexto del hijo que nunca vieron
Niños que juegan a desaparecer
Puercos enfrenados
que se esfuerzan en la arena

Un perro sin collar
Refleja en la vertiente
Dos ojos que iluminan la corriente

Todos escribimos
Nuestra bitácora del delirio
Todos buscamos
El rumbo la tumba
el yumbé el tumbo
donde nace un solo de ola
el rumbo el tumbo
que cierra esta calle

Son las diez de la noche
y no oscurece
Sólo un día como hoy
se podía ahogar el pueblo
Sólo un día como hoy
le quitamos la canoa a Caronte
Que el destino se incendie

Más piedra cada instante

En el solar
mi cuerpo brazo abierto
te sabe en el lado izquierdo
balance de mi fuerza
somos una roca
no podemos ser más esta noche
hablaré del misterio
que hay afuera del techo

Nos devoran las hormigas

(Caluca, 1999)

Héctor de Paz

VILLAFLORES (1967)

Porque furtiva sombra es el deseo

Porque furtiva sombra es el deseo

tendremos que arder hasta el ardor
alumbrar con lumbre la sangre
ahogar con vida la muerte

abandonar en llamas este suelo.

Contra la muerte

Contra la muerte
volveremos a ser

humo de incienso
agua lustral
unción de sándalo

esquirlas de la nada
calcinándose.

Sobre nuestros cuerpos

Sobre nuestros cuerpos
tendidos
jadeantes
el horizonte impasible

hermano de la muerte.

Porque no habrá botín alguno

Porque no habrá botín alguno
para la muerte y sus sicarios en bancarrota
desvelaremos los sentidos
entraremos completos
al sarcófago en llamas
del tiempo que avanza

restos
de
templos
calcinados

Bitácora de sal tatuada

Día 5

Con cada norte
azotando implacable
las piedras de
el viejo malecón
la obstinada vida
me repite
su estribillo monocorde:

“nunca llegarás
a puerto seguro,

no prestes atención
a cantos de sirenas,

no sigas más
la brújula sin rumbo
de tu corazón,

están ciegos los faros de la noche,

nunca encontrarás
 atracadero
 ni melodía
 ni derrotero
 ni luz
sólo existe
un viaje interminable
 hasta el fondo”.

(Ahogada lumbre la sangre, 2006)

Ulises Cordova

SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS (1969)

¿Qué sería de la muerte...?

¿Qué sería de la Muerte
si el latido abandonara
para siempre los tambores?
¿De que viviría
si no encontrara
notas vivas seres vivos posibilidades
vivas para alimentarse?
¿La paradoja que haría morir a la muerte
sería la muerte
absoluta de toda forma de vida?
¿entonces no fue Dios sino la Muerte
la primera y la más interesada
en traer la vida
en permitir la vida
y perpetuar la vida en el planeta?

¿El asombro que buscás...?

¿El asombro que buscás en un verso
no podés encontrarlo en este mundo?
Todos los mundos
inventados pertenecen al Hombre
y todos los hombres pertenecen a este mundo
¿no es pues tontería buscar polvo en el desierto?
¿o acaso hay un dolor que no podás encontrar en esta guerra?
La primera muerte de la historia fue tu muerte
y después de muerto
¿acaso no harás más cosas que seguir muriendo?
Y no habrá un solo verso que te alcance
ni voz que te estremezca.

Tienes tanto de la muerte

Tienes tanto de la muerte
que a veces tengo miedo de encontrarte
pero sobre todo tienes
un silencio del Silencio
para estar en todas partes

Éste es el verdadero polvo

Éste es el verdadero polvo al que volvemos
y morir
 sólo es un bioquímico ajuste de cuentas
El cielo
 paisaje en ascenso jerárquico de leyes físicas
Y el infierno
 ¿otro infierno?
ser tal vez
 la partícula que pasa
cuando abres los batientes de los ojos
y entra el infinito
pasa en lento
 amorfo
 y en silencio
y los unos con los otros
de partícula a partícula
avanzamos cabizbajos
como quien no se resigna
a morir en un patíbulo

¿O estoy muerto
y este es el verdadero polvo al que volvemos?

No hay más polvo que el silencio.

¡Voy a desenterrar a todos...!

¡Voy a desenterrar a todos los poetas muertos
y con su lodo estiércol o con todas las cenizas
haré que te busquen que te llamen y te escriban!
con todos los papeles rotos de oficinas
con los borradores deshechos por las secretarias
con las cartas cursis que fueron dobladas y arrugadas
con esa misma mano que dobló y arrugó al cuerpo más
amado
y lo dejó caer sobre la calle
¡Puedo!

...sé que voy a hacer de ti un poema de amor...
¡con la saliva que fue presencia de tus besos
y ahora está disuelta en la inmundicia de este vómito!

(Espiral, 2002)

Luis Arturo Guichard

TUXTLA GUTIÉRREZ (1973)

Serpiente de lluvia y luna

(Fragmento)

¿Qué tendremos cuando el polvo
luctuoso haya caído sobre nuestros lomos.
Qué tendremos después de que la leña
suceda a la ceniza y el vino a la alegría,
después de tanta lluvia,
tanto peso del sol,
tanto mar entre nosotros?
Tendremos un gesto
burlando tercamente el tiempo
Y alrededor seguirá la noche.

Poemas de la derrota necesaria

(Fragmento III)

Recorro las calles otra vez
–para qué decir cuáles,
ser cosmopolita es un dolor de pies–
y me encuentro en una esquina
a una mujer idéntica a aquella otra que vi
fugazmente en no sé qué tiempos
y que era idéntica a aquella otra
que vi fugazmente en Berlín
–no quería decirlo–
y muy parecida a ti
con la que he vivido tantos años.

Emilio Prados llega a México

*Homenaje en los treinta y cinco años de su muerte
+ 24 de abril de 1962*

¿Dónde está mi cuerpo
que no lo encuentro?
¿Dónde adquiriré este silencio
que no soporto?
Estoy contento de estar vivo,
Octavio, gracias por darme
lugar en tu casa, pero para mí
cualquier almohada sería
hoy de fuego y mañana de hielo,
cualquier comida sería excremento.
Yo prefiero estar en Málaga muerto
que en México vivo.
Estoy ciego, no me toquen
que mi piel no siento.
Estoy estéril, no me toquen
que mi cuerpo no vino conmigo.
¿A quién mataron hoy?
¿A un conocido o a un enemigo?
Si matar es el camino, da lo mismo
y en mí tiene su destino.
Primavera de España, invierno
de aquí, dadme un abrigo,

se me pierde el agua,
se me va el amigo.
Aquí no sirve llorar
por todas las Españas
muertas en los siete corazones
de Federico.

Tensa la cuerda de mis horas
fluyo pero no me muevo
De lo mucho a lo poco va mi voz
y en ninguna parte se detiene
Va mi voz desmesurada hoy
y mínima irá mañana
sin encontrar su par y su medida
Sombra de una llama
sin brasa en los pies ni azul
en la mirada
¿Y a quién dejar esta herencia?

¿Señor, es usted de España?

*Tenemos frío, vivimos allí, nuestros padres
de España no han salido...*

Paco y Varo se llaman, son dos niños.

Emilio, el poeta de canas prematuras,
rodeado de libros, ahora vive con ellos,
negado al olvido.

En él la guerra de España
abierta como un abismo frío.

(Los sonidos verdaderos, 2000)

Balam Rodrigo Pérez

VILLA COMALITLÁN (1974)

*Valva amarga y mar
Amaranto bajo el brazo*

(Fragmento 3)

Mujer,
nadie nos nombra en el descenso de la muerte,
nadie nos vuelve a tocar el pubis con los labios.

Pasamos la vida buscando nuestro cuerpo sin sitio,
nuestra luna sin sombra,
nuestro mar.

*Y somos larva sin origen ni futuro,
Eco roto.*

Huérfanos de mar

No tiene el marinero un albo corazón.

En su pecho late un pez negrísimo
-himno de la hulla-
y las altas y erizadas púas de su lomo
señalan el camino que siguen las almas
de los ahogados
la víspera de ciegas madrugadas
cuando la muerte les arrulla blandamente
y les da de beber de sus pechos errantes
un agua dulce y huérfana de mar
como la intacta rosa
que amanece en las playas de noviembre:

Sórdido augurio de tifones y naufragios.

La tempestad y la cólera

Una serpiente marina
halla una escama de silencio
entre naufragios.

Un hacha de gaviotas
parte el cielo
y sus temblores.

Un jilguero de mar
canta con música de oboe
sus notas de sargazo

Y en la boca de los náufragos,
en su lengua que muere retorcida,
la espuma advierte panes de odio:

La tempestad y la cólera.

*Esperando el autobús a las
orillas de una ciudad sin mar*

Aquí,
anclado a las aguas de un mar terreno,
rodeado por esqueletos de aluminio
y hormigón,
oteando las galeras de cristal
que avanzan en la bruma,
naves que llevan su tripulación de muertos,
de objetos viscosos y astringentes,
quimeras que avanzan sordamente
sobre el fango del asfalto y el silencio.

Algunas embarcaciones semejan
libélulas de vidrio que se detienen a la tarde
para dar a luz a sus náyades caníbales.

Nada mejor en este sol herido
que amanecer en el muelle de los lunáticos
y los leprosos,
rincón donde los barcos y los sueños que atracan
llevan espejos en lugar de velas,
y los ventrudos capitanes afilan la mirada y el garfio
para guindar nuevamente
los astros varados a la orilla de este viaje.

Alguien ha olvidado un libro de poemas

que se deshoja en el muelle
con el grito de los pájaros,
ebrios muchachos que dan vuelta a las páginas
buscando la palabra *pan*
y sus mendrugos.

Una sed de imágenes camina dando saltos
y albatros y gaviotas de lámina
picotean los ojos de la nostalgia.

Hago el equipaje de la memoria
con mis muertos
y me dispongo a zarpar hacia el oriente,
hacia el mar,
hacia el lugar donde la niebla y sus ventiscas
puedan borrar con sus lamentos,
los versos de arena que ahogan esta imagen.

Epílogo de agua

Insomnívora la mar, amarga,
miente,
nos da de beber de su abundancia,
de su infinito licor azul cobalto,
de sus hiles,
pero ninguna sed puede apagarse
con sus aguas,
tan sólo aquella que añoran los suicidas,
tan sólo aquella,
-la jamás nunca morida-
sed de muerte.

(Poemas de mar amaranto, 2006)

Ignacio Ruiz Pérez

TUXTLA GUTIÉRREZ (1976)

Frases diversas del divagante

(Anotaciones de Bitácora)

Tercer día

Los muertos son tantos que el cementerio
parece una ciudad de pequeñas catedrales.
Las casas cuentan con patios y en el centro
casi siempre hay un árbol de nísperos.
Los frutos de este país son transparentes
y su líquido es de una materia parecida al silencio.
Los habitantes suelen arrojar las semillas
en los caminos, en los jardines,
en los patios
cerrados
y en las aceras de argamasa para asegurarse
la permanencia
del silencio. Cada árbol plantado, dicen,
los asegura del olvido.
Por eso los ancianos salen a recorrer el grado
de sombra que habrá de corresponderles
a la hora de la muerte.

Septimo día

Más allá están los templos, las calles,
los pregones en la plaza, los cobertizos
de arcilla donde se oculta la noche.

Del otro lado del mar ejecutan a un hombre,
alguien testifica a favor de la infamia,
el asesino clava un puñal en la espalda
de su hermano,
el fariseo hace sonar tres doblones de oro,
el calumniador arranca la lengua a su adversario,
las jóvenes salen al parque, con los cestos
de frutas, sin conocer aún el amor ni la tristeza.

Aún más allá, mis ojos contemplan
el paso de las aves,
el ruido de las proas al abrirse el camino
entre las aguas desiertas.
En medio de mí se multiplican la ciudad
y el malecón,
las cercas y los puentes.
Cruzo las primeras tablas:
mi pasado es una sucesión de instantes muertos.
Sigo avanzando: más allá están la iglesia,
los arcos, los retablos, las balaustradas.
Volteo y observo mi imagen:
de este lado me contempla el que fui;
del otro, el que seré.
Estoy siendo.

A la sombra del día

(Fragmento v)

Que tu cabeza sea desplazada de su cuerpo,
que tu memoria sea la tumba de tu presencia,
que la mañana sea el perfil de la soledad
y la inmundicia tu condición terrestre,
que la humedad y el salitre entren en tus ojos
y vacíen las imágenes últimas del día,
que la brea caiga sobre tu estirpe e impregne la sal tu
destierro,
que tu palabra sea borrada de la boca del hombre,
que tu lengua y tu nombre sean polvo.

(Navegaciones, 2006)

FIN

BIBLIOGRAFÍA

BAÑUELOS CHANONA, Juan, *et al.*, *La espiga amotinada*, Fondo de Cultura Económica, Letras Mexicanas 62, México, 1960.

_____, en *Primer Festival de escritores chiapanecos*, UNACH., Tuxtla Gutiérrez, 1991.

BONIFAZ, Marirrós, *Preludio y flama para un amanecer*, DIF-Chiapas/Instituto Chiapaneco de Cultura, colección creación literaria núm. 4, Tuxtla Gutiérrez, 1991.

_____, *3er. Festival de escritores chiapanecos*, UNACH, Tuxtla Gutiérrez, 1995.

_____, *Compás*, Casa Juan Pablos-UNICACH, México, 2002.

BARTOLOMÉ, Efraín, *Cuadernos contra el ángel*, Universidad Autónoma de Querétaro, colección "premios", México, 1987.

_____, *Agua lustral: poesía 1982-1987*, CONACULTA, Lecturas Mexicanas 81, México, 1994.

_____, *Partes un verso a la mitad y sangra*, CONECULTA, México, 1997.

BORRÁS, Leopoldo, *Balada de amor y muerte*, UNACH, colección poesía no eres tú, México, 1984.

_____, *Cantos de amor a unos zapatos viejos*, Editorial Katún, México, 1985.

CANCINO CASAHONDA, Enoch, *Antología poética*, FONAPAS, colección Ceiba, Gobierno del Estado de Chiapas, México, 1979.

CASAHONDA CASTILLO, José, *12 poetas chiapanecos*, Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, 1976.

CASTELLANOS, Rosario, *Meditación en el umbral* (antología poética),

Fondo de Cultura Económica, colección popular, 297, México, 1985.

_____, *Poesía no eres tú*, Fondo de Cultura Económica, colección Letras Mexicanas, México, 1995.

CERDIO, Máximo, *Ascensos en caída*, CONECULTA, Biblioteca Popular de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, 2002.

CÓRDOVA, Ulises, *Espiral, sinfonía sin principio sin fin*, Edición personal, San Cristóbal de Las Casas, 2002.

_____, *Los invitados al festín de Tántalo*, CONECULTA, Biblioteca Popular de Chiapas 64, Tuxtla Gutiérrez, 2004.

CHANONA, Roberto, *Recueil de poemas*, Edición personal. Sin referencia del lugar de la edición, 1984.

_____, *Toda arena espuma*, León de la Rosa Editores, colección Libélula, Tuxtla Gutiérrez, 1991.

DE PAZ, Héctor, *Ahogada lumbre la sangre*, CONECULTA, Biblioteca Popular de Chiapas 115, Tuxtla Gutiérrez, 2006.

FALCONI, José y Bartolomé H. Efraín, *Donde los podemos observar*, UNAM, revista Punto de Partida, México, 1982.

FALCONI, José, *Corazón del sueño*, Instituto Mexiquense de Cultura, Toluca, 1998.

FUENTES MILLA, Gladys, *Para llenarme de silencio*, DIF-Chiapas / Instituto Chiapaneco de Cultura, Cárdenas, Tabasco, 1994.

_____, *Exordio de la mar y sus lamentos*, Edición personal, Cárdenas, Tabasco, 2000.

GARDUÑO, Raúl, *Poemas*, FONAPAS, colección Ceiba 12, México, 1982.

_____, *Poemas*, CONACULTA, Lecturas Mexicanas 73, México, 1993.

_____, *Los danzantes espacios estatuarios*, Gobierno del Estado de Chiapas, colección libros de Chiapas, México, 1982.

_____, *Por detrás de la noche... Antología y prólogo: Francisco Valero Becerra*, Universidad Autónoma del Estado de México, colección La abeja en la colmena, México, 1997.

GONZÁLEZ, Israel, en *Nueva poesía de Chiapas* (Antología) Oscar Wong, compilador, Editorial Katún, México, 1983.

_____, *Adán sin paraíso*, Enkidu Editores, colección Desde la Otra Orilla, México, 2000.

_____, *et al. Sólo 8 poetas*, Ediciones Arlequín, colección Voces, México, 2006.

GORDILLO ORTIZ, Octavio, *Bibliografía de los escritores del Estado de Chiapas*, UNAM, 2 tomos, México, 1996.

GORDILLO, Omar, *Elegías del caminante*, CONECULTA, Biblioteca Popular de Chiapas 79, Tuxtla Gutiérrez, 2006.

GUICHARD, Luis Arturo, *Los sonidos verdaderos*, Casa Juan Pablos-UNICACH, México, 2000.

GUILLÉN, Clara del Carmen, *Nocturno para despertar desvelos*, CONECULTA, Biblioteca Popular de Chiapas 85, Tuxtla Gutiérrez, 2005.

GUZMÁN, Elda, *Luna en vértebras*, UNACH, colección Al Canto de la Imagen, Tuxtla Gutiérrez.

_____, en *3er. Festival de Escritores Chiapanecos "Juan Bañuelos"*, UNACH, Tuxtla Gutiérrez, 1995.

_____, en *4º. Festival de Escritores Chiapanecos "Eraclio Zepeda"*, UNACH, Tuxtla Gutiérrez, 1997.

HIDALGO, Eduardo, *Eco negro*, CONECULTA, Biblioteca Popular de Chiapas 23, Tuxtla Gutiérrez, 2002.

_____, *Viene de antes*, CONECULTA, Biblioteca Popular de Chiapas 129, Tuxtla Gutiérrez, 2006.

LÓPEZ MORENO, Roberto, *Décimas lezámicas*, UNAM, México, 1986.

_____, *Verbario de varia hoguera*, DIF-Chiapas/Instituto Chiapaneco de Cultura, México, 1993.

_____, *Ábrara*, CONECULTA, Biblioteca Popular de Chiapas 65, México, 2004.

MACÍAS, Elva, en *Primer Festival de escritores chiapanecos*, UNACH., Tuxtla Gutiérrez, 1991.

_____, *Al pie del paisaje* (antología) Casa Juan Pablos-UNICACH, México, 2000.

NANDAYAPA, Mario, *Caluca*, CONACULTA, Fondo Editorial Tierra Adentro, México, 1999.

_____, *Estar siempre de camino*, CONECULTA, Biblioteca Popular de Chiapas 5, Tuxtla Gutiérrez, 2001.

OLIVA, Oscar, *Trabajo ilegal*, poesía 1960-1982, Editorial Katún, poesía contemporánea 5, México, 1984.

_____, *Estado de sitio y otros poemas*, Joaquín Mortiz-SEP, Lecturas Mexicanas 37, México, 1986.

Poetas Jóvenes de Chiapas, Antología, Secretaría de Educación y Cultura-Gobierno del Estado de Chiapas, Ediciones La Rendija, Tuxtla Gutiérrez, 1986.

RICO, Roberto, *Nutrimiento de Lázaro*, CONECULTA, Libros de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, 2000.

_____, *La escenográfica virtud del sepia*, Casa Juan Pablos-UNICACH, México, 2000.

ROBLES SASSO, Daniel, *Alguien muere de amor y no le basta*, UNACH, Tuxtla Gutiérrez, 1983.

RODILLA, Ma. José, 1993, *Tiempo vegetal: poetas y narradores* de la Frontera Sur, DIF-Chiapas/Instituto Chiapaneco de Cultura, Tuxtla Gutiérrez.

RODRIGO, Balam, *Poemas de mar amaranto*, CONECULTA, Biblioteca Popular de Chiapas 111, Tuxtla Gutiérrez, 2006.

RUISEÑOR, Adolfo, *Memoria de los días*, UNACH, colección Poesía no eres tú, México, 1984.

_____, en *Poetas jóvenes de Chiapas* (Antología), S.E.C. Ediciones La Rendija, Tuxtla Gutiérrez, 1986.

_____, en *1er. Festival de Escritores Chiapanecos*, (Antología), UNACH, México, 1991.

_____, *Tinta vida*, CONECULTA, Tuxtla Gutiérrez, 1999.

RUIZ PASCACIO, Gustavo, *El equilibrista y otros actos de fe*, Casa Juan Pablos-UNICACH, México, 2000.

_____, *El amplio broquel de la melancolía*, CONECULTA, Biblioteca Popular de Chiapas 7, Tuxtla Gutiérrez, 2001.

RUIZ PÉREZ, Ignacio, *Ejecuciones*, Editora del gobierno del estado de Veracruz-Llave, Xalapa, 2002.

_____, *Navegaciones*, CONECULTA, Biblioteca Popular de Chiapas, 117, Tuxtla Gutiérrez, 2002.

SABINES, Jaime, *Diario semanario y poemas en prosa*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1961.

_____, *Nuevo recuento de poemas*, Joaquín Mortiz, biblioteca paralela, México, 1961.

SANTOS, Uberto, *Arpa vegetal*, CONECULTA, Biblioteca Popular de Chiapas 77, Tuxtla Gutiérrez, 2004.

TREJO SIRVENT, Socorro, *Para decir mañana*, DIF. Chiapas/Instituto Chiapaneco de Cultura, Tuxtla Gutiérrez, 1991.

_____, *Ventanas interiores*, UAEM, Editorial La Tinta de Alcatraz, Toluca, 1999.

_____, *Antología poética: 1974-2000*, CONECULTA, Biblioteca Popular de Chiapas, México, 2006.

VÁSQUEZ AGUILAR, Joaquín, *Cuerpo adentro*, UNACH, México, 1978.

_____, *Erguido a penas*, DIF-Chiapas/Instituto Chiapaneco de Cultura, Tuxtla Gutiérrez, 1991.

_____, *Vértebras*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982.

WONG, Óscar, *Nueva poesía de Chiapas* (Antología) Editorial Katún, México, 1983.

La muerte
vista por 33 poetas chiapanecos

se terminó de imprimir

en diciembre de 2007 en Talleres Gráficos,
en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

Los interiores se tiraron sobre papel cultural
de 44,5 kg y la portada sobre cartulina cou-
ché de 169 kg. En su composición tipográfi-
ca se utilizó la familia ITC Usherwood.

Se imprimieron mil ejemplares.

